AÑO I-2.ª época Mayo de 1893 NÚMERO 11

GALICIA

REVISTA REGIONAL

NUESTROS VECINOS [1]

NUESTRO PLEITO CON INGLATERRA

Pero nunca brilló más afortunada la estrella británica que en 1805. Sólo necesitaba Bonaparte dominar el estrecho 24 horas, para subyugar con su temible ejército de Boulogne la nación que en todas partes contrariaba sus planes ambiciosos.

Por desgracia España iba entonces uncida al carro del déspota, que, gran conocedor de los hombres, no supo hallar un Almirante capaz de realizar su excelente plan marítimo. La conducta de Villeneuve en Abuquir, debiera haberle hecho desconfiar del irresoluto comandante que había presenciado, sin acudir en su auxilio, la derrota y muerte de su jefe, el heroico Almirante Brueys. Sin embargo, estaba realizada la parte más difícil de la empresa;

(1) Véase el número 10.

sólo necesitaba ya el marino francés dirigirse á Brest, para aumentar sus fuerzas con los buques de Ganteaume, bloqueados en aquel puerto, y aparecer en el Canal de la Mancha con 50 navíos, dando la señal de la formidable y temida invasión.

Pero abrumado por la responsabilidad, y tan vacilante como el funesto día de Abuquir, eligió lo peor. Después de detenerse en Ferrol, sin necesidad, tomó la estraña resolución de dirigirse á Cádiz, para hacerse derrotar estérilmente, y Bonaparte tuvo que buscar la victoria, que el mar le negaba, en los campos memorables de Ulm y Austerlizt.

El destino no lo ha querido; pero estos juegos de la guerra son peligrosos y, por su misma esencia, mudables como la fortuna. No siempre ha de tener Inglaterra por enemigos á Medinasidonias ineptos, Córdovas imprudentes que paralicen los progresos hechos, ó Villeneuves irresolutos, que arruinen los planes mejor concebidos; no siempre han de estar la muerte y las tempestades preparadas para defenderla.

Ha ofendido á muchos; como Cartago, se halla rodeada de súbditos oprimidos, con quienes no podrá contar el día del infortunio, y de vecinos lastimados, que esperan la ocasión de satisfacer venganzas seculares.

Pocos son los pueblos que no conservan amargo recuerdo de los espeditos procedimientos británicos, cuando tratan con enemigos más débiles. Así han adquirido multitud de colonias, fundadas por otros con inmensos sacrificios. Pasó el Canadá á sus manos, después de los esfuerzos hechos por Francia para crear en aquellas soledades una colonia próspera; arrebataron el Cabo á los holandeses, sin justificación alguna, y en nuestros mismos días, por medio de un sistema parecido al que emplea cualquier jefe de cuadrilla, despojaron á su fiel aliado de dos siglos de gran parte del Africa portuguesa.

Nosotros hemos sufrido más que nadie en este particular, á causa del duelo sostenido durante siglos por el dominio del mar. La reacción inglesa contra el ataque de Felipe II empezó al año siguiente del desastre de la grande Armada, con el sitio de la Coruña; para inmortalizar su defensa basta recordar que la escuadra enemiga venía mandada por el temido Drake, con fuerzas suficientes para conquistar á Galicia.

Al descalabro sufrido sucedió, siete años después, el

saqueo de Cádiz, en donde el brillante favorito de la reina Isabel cometió atropellos que avergonzarían á un argelino. En guerras sucesivas, muchas ciudades españolas de ambos mundos fueron atacadas por los ingleses. Estos desembarcos terminaron en su mayor parte con ventaja de nuestras armas; así fué derrotado el presuntuoso almirante Vernon en Cartagena de Indias, herido el gran Nelson en Canarias, rechazado Warren en Ferrol, humillado un poderoso ejército por las milicias de Puerto Rico y prisionero en Buenos Aires el general Beresfort, cuyo ejército, que prometía dominar la América española, rindió las armas ante el heróico Siniers, como faltó poco para que sucediera en Manila al que la había rendido, al verse sitiado por el gran patricio Anda.

Consiguieron, no obstante, apoderarse de Jamaica, Trinidad, las pequeñas Antillas y sobre todo de Gibraltar, mutilación la más dolorosa de cuantas nos han producido.

En todos los atentados ingleses se observa el mismo procedimiento: desprecio del derecho, antes de acometerlo, y violencia brutal, al ejecutarlo. Así cuatro fragatas con caudales fueron apresadas piráticamente en 1804, hallándonos en paz; y, siendo aliados nuestros, saquearon sus soldados á Badajoz é incendiaron á San Sebastian durante el curso de la guerra de la Independencia. Díganlo también Copenhague en 1804, Washington en 1812 y Alejandría en nuestro tiempo. Es el carácter tradicional de la guerra en los pueblos comerciales, que resuelven las cuestiones con arreglo, no al honor ni á la justicia, sino á sus conveniencias.

No hay otro gobierno civilizado capaz de amparar la conducta de Drake que, en plena paz, recorrió los mares españoles de ambos mundos, ejerciendo la más descarada piratería, y repartió en Londres el producto de sus rapiñas, recibiendo honores y recompensas en lugar del castigo merecido por sus crímenes.

El gobierno inglés considera á los países extranjeros como seres de especie inferior, dignos sólo de ser explotados.

Esta consideración tan poco cristiana, que tuvieron en la antigüedad todos los pueblos, hace que no quepa en cerebros ingleses la idea de que un pueblo se oponga á una cosa que conviene á la Gran Bretaña. Las naciones débiles deben ser un feudo británico, y no admitir este axioma es un *casus belli;* dígalo la brutal conminación

hecha á Portugal para que se dejase despojar, bajo pena de ser tratado *manu militari* en un plazo perentorio.

Claro es que no trataría de este modo á Rusia, ni á los Estados-Unidos; pero esto debe convencer á todos los peninsulares de que para los pueblos débiles no hay independencia ni dignidad mas que en cuanto lo permiten los fuertes, y que tales cosas sucederán mientras nos hallen divididos por recelos infundados.

Sin embargo, no es tan sólida como parece la situación de la Gran Bretaña; sus colonias tienden á declararse independientes y hasta en la misma metrópoli palpita el separatismo.

Vigilada por Rusia desde las altas mesetas del Asia Central; indispuesta con Francia por su cruel indiferencia de 1870; sospechosa para Turquía por sus ambiciones sobre Egipto; eterna detentadora de territorios ajenos, con sólo el objeto de introducir contrabando, nos insulta con Gibraltar, lastima á Francia, con las Islas Normandas, á Italia, con la fortaleza de Malta, hiere á Grecia con el despojo de Chipre. Devuelve Heligoland al poderoso á quien teme, pero disputa su Guayana á Venezuela; retiene las Malvinas á la Argentina; la Balize á Guatemala; despoja á Portugal, su aliado de siglos; nos discute á Joló, para quedarse con Borneo; la hallamos en el camino de Tánger, en 1860, y envía perentorios ultimatums á los débiles, mientras se humilla ante su digno hijo el pueblo yankee.

Tantas iniquidades acumuladas durante siglos serán expiadas, y sus enemigos se repartirán sus despojos; que la Historia demuestra que á ningún imperio, por poderoso que sea, le ha faltado un Alarico que lo asalte, ni un Guadalate en que sepultarse.

¡Feliz la nación que, al llegar su decadencia, puede, como Roma, seguir viviendo en el corazón y en el espíritu de los venideros, ó como Atenas, reinar en las inteligencias y ser llorada por sus mismos vencedores! No tendrá Inglaterra esa fortuna.

Siendo, como ha dicho el señor Muruais, una nación fértil en individuos de ánimo liberal y generoso, es colectivamente la más egoista, la más dominada por sórdida codicia, de cuantas naciones existen en la tierra.

Para sus mismos hijos carece de entrañas; así vemos con cuanto aborrecimiento hablan de Inglaterra sus poetas más ilustres, desterrados voluntarios de su patria, Byron y

Shelley; cómo ha sido maldecida por sus grandes pensadores Carlyle y Arnold, y satirizada por tan insignes novelistas como Dickens y Theackeray. Por parecerse en todo á Cartago, que crucificaba á los generales vencidos, sacrificó inícuamente al infortunado Almirante Byng, encargado de socorrer á Mahon, por el horrendo delito de ser vencido por fuerzas superiores, á pesar de haberse probado que en su conducta no hubo traición ni negligencia.

Así vemos que abandonó al gran poeta Milton, que vivirá cuando ya no exista sombra del imperio británico, y le vió con indiferencia ser presa de la rapacidad y del odio de sus enemigos; así permitió que el bardo nacional escocés Roberto Burns muriese en la calle, lleno de miseria y humillaciones; y en nuestros mismos días dedicó tres frios renglones, en sus periódicos literarios, á la muerte del originalísimo poeta Brownig, muerto hace poco tiempo en Florencia.

Con los pensadores ingleses sería fácil entenderse; con el egoista y rapaz gobierno británico es muy difícil llegar á una inteligencia decorosa, en lo que toca á nuestras justas reivindicaciones nacionales. Durante dos siglos se han negado á todo arreglo en la cuestión de Gibraltar, siendo también inútiles todos los esfuerzos hechos para arrancarlo de sus manos. Con su perseverancia habitual ha ido ensanchando su jurisdicción por mar y tierra, y destruído las fortificaciones que teníamos inmediatas.

En diversas ocasiones se nos ha ofrecido el cambio de Gibraltar por Ceuta, cosa inaceptable en absoluto, por la gran superioridad de la plaza africana, que es dueña de una zona estensa de territorio y no se halla dominada. Gibraltar está anulado como puerto de refugio, porque no hay buque capaz de sostenerse en su bahía contra el fuego de baterías ocultas en la costa española, y la misma ciudad puede ser bombardeada con unos cuantos obuses de 30,5 centímetros, colocados en Sierra Carbonera y libres de los fuegos de la plaza.

La leyenda del Gibraltar inexpugnable ha caído con los progresos de la Artillería; los mismos ingleses reconocen que en caso de guerra tendrían que apoderarse de las alturas inmediatas ó serían aniquilados en poco tiempo, y aquello constituye una aventura peligrosa é irrealizable sin un verdadero ejército. Por eso hay en Inglaterra una corriente de opinión favorable al cambio de Gibraltar, y es

frecuente leer en revistas y periódicos británicos artículos en que se expone su inutilidad. Si en España supiésemos aprovechar las ocasiones, no sería difícil llegar á un acuerdo, que los mismos ingleses facilitan, no disimulando el escaso aprecio en que tienen las decantadas fortificaciones de Gibraltar.

Pero, entretanto, les conviene conservarlo en las mejores condiciones de defensa y se oponen con diversos pretestos á la fortificación de la costa española. Su objeto es que España reconozca y apoye sus ambiciones sobre Tánger, y periódicamente suscitan esta cuestión con objeto de desembarcar, cuando puedan hacerlo sin peligro. No hace mucho se dijo que se nos ofrecía Gibraltar á cambio de una renuncia á toda intervención en los asuntos de Marruecos. Generosidad verdaderamente británica, pues debíamos sacrificar el único porvenir nacional por una ciudad que en nuestras manos nada valdría, por faltarle el contrabando que hoy la sostiene.

Nuestra línea de conducta está trazada por estos hechos. Debemos facilitar el comercio con la Gran Bretaña, que es consumidora de nuestros productos; estudiar su sistema político, en que tanto puede aprenderse; imitar á sus industriales y trabajar como ellos, para poder igualarlos algún día en riqueza; vigilar constantemente su conducta en Marruecos y meditar cuidadosamente si nos conviene apoyarnos en Francia contra sus ambiciones de Tánger ó si vale más una franca inteligencia con Inglaterra, que nos garantice nuestras posesiones y la integridad del Mogreb.

La política de equilibrios, tan del gusto de nuestros diplomáticos actuales, es la peor, pues nos deja aislados frente á todas las ambiciones, y expuestos á una inteligencia de Francia é Inglaterra, contra la que nada podemos. Si ambas estuviesen aliadas, la duda no era posible; á su lado era donde debíamos hallarnos, en la seguridad que cualquiera que fuesen los peligros que corriésemos, saldríamos de ellos con honor y ventajas.

Pero desgraciadamente militan en campos opuestos, y fuerza es decidirse por uno de ellos; no por espíritu romántico, sino por utilidad nacional y para ventaja de nuestro pueblo.

Los desastres repetidos, que nos han ocasionado nuestras guerras con la Gran Bretaña, dieron origen al refrán de nuestros abuelos: "Con todo el mundo guerra, y paz con

Inglaterra„ y esta aserción continúa siendo axiomática hoy, como hace tres siglos. Sólo tres naciones pueden causarnos serias inquietudes: Los Estados Unidos, Francia é Inglaterra. La primera, por causa de las Antillas que poseemos, hecho accidental, sin el que nada podíamos temer de los yankees. Francia es el único pueblo que puede invadirnos, aunque no hay peligro alguno de que lo intente, mientras sus vecinos del Este le obliguen á vivir preparada para la lucha suprema, que ha de decidir de sus destinos en el porvenir.

La Gran Bretaña ha sido y es nuestro más peligroso enemigo; dueña absoluta del mar, exponemos en una lucha con ella todas nuestras posesiones extrapeninsulares.

Y como es indiscutible que, sin un aliado poderoso, no podemos abrigar esperanza alguna de realizar nuestras legítimas ambiciones nacionales, ni aún de conservar los territorios que poseemos, es claro que entre ambas naciones debemos elegir la que mejor satisfaga estos ideales de nuestra política.

Hacia Francia nos arrastra todo: sangre, idioma, costumbres y aficiones. Pero hipnotizada con la esperanza del desquite, no hay que buscar en su diplomacia otro fin; sería capaz de entregar toda Europa á los rusos, con tal de destruir á su odiado rival, y, por dos provincias, cederá el dominio del Oriente, que Napoleón I no quiso entregar á Rusia á cambio de todo el resto de Europa. Además, la alianza con Francia nos obligaría á tomar una parte activa en su duelo con Alemania, en el que nada podemos ganar; aun en el caso más ventajoso, habríamos contribuído á la grandeza de una nación que, cuando se siente fuerte, es muy provocadora y exigente. Su hegemonía en la Europa occidental terminaría con apoderarse del Imperio de Marruecos, encerrándonos así entre dos Francias, y no dejándonos más esperanza que una guerra insensata ó una federación latina. Sería el *Finis Hispaniæ*, pues habríamos muerto como pueblo libre é independiente.

En caso de ser derrotada Francia, siendo sus aliados, pagaríamos los vidrios rotos con nuestras colonias, como nos sucedió en las guerras del siglo pasado, en que íbamos á su lado. Además, hallándose entregada la república á una oligarquía variable cada día, no es posible confiar mucho en la política versátil de sus gobiernos.

De Inglaterra nos separan siglos de guerras y ríos de sangre, carácter, costumbres y religión. Para hacer más

hondo el abismo que nos divide, existe entre ambas naciones el espectro siniestro del Peñón, hacia el que converge el pensamiento de todos los españoles, desde hace dos siglos.

Sin embargo, Inglaterra es la consumidora natural de nuestros productos, necesitando nosotros, en cambio, de su industria; su poderosa escuadra es capaz de garantizar nuestros territorios extraeuropeos, sin peligro de que nos mezcle en aventuras peligrosas, pues la Gran Bretaña nunca hace guerras románticas, ni se embarca en mares muy procelosos.

Estamos, como el triste Prometeo, encadenados á esta roca insular, en que siempre hemos sido devorados, y de que no podemos huir, porque nos une la geografía y nuestra situación política.

Nos prestó alguna ayuda desinteresada para vencer al absolutismo, y no es justo olvidar al general Lacy Evans con su división británica, ni á los marinos que coadyuvaron al éxito de la épica aventura de Luchana. Pero estos servicios, y cuantos pudiera prestarnos, se olvidan siempre ante el borrón de Gibraltar. En la restitución de éste debe basarse toda sincera reconciliación, si es que tal cosa se aceptase como de utilidad nacional. Son tantos los enemigos que entre nosotros tiene Inglaterra, que sería antipática toda aproximación, que no tuviese por principio el desagravio de la ofensa recibida en 1704. Claro es que el gobierno, que consiguiese esto, podría disponer á su albedrío de las fuerzas de su aliada, á la que serviríamos con la nobleza propia de nuestro carácter.

Meditar estas cuestiones con serenidad y calma, elegir con acierto cual es lo más ventajoso para la nación, y negociar con fortuna aquello que se acuerde como más conveniente, es tarea á que nuestros hombres de Estado debían consagrar sus vigilias, despreciando las estériles mezquindades de nuestra gárrula palabrería política.

No podemos vivir eternamente aislados, viendo pasivamente cómo todos nuestros vecinos aumentan cada año su poder; cada paso de ellos hacia adelante es un escalón más bajo en que nos quedamos rezagados. Francia, mutilada en 1870, ha adquirido en los días de mala fortuna un imperio colonial superior al que perdió Luís XV; el Tonquín la pone en camino de dominar la Indo China, como Túnez, Dahomey, Madagascar y el Congo la hacen la primera potencia africana de nuestros tiempos.

Italia ha iniciado en el Mar Rojo sus empresas africanas, mientras se presenta ocasión de apoderarse de la antigua Cirenaica; hasta Alemania nos ha cerrado el camino frente á Fernando Póo. Cada día somos y representamos menos en el mundo, y si estos hechos no son capaces de hacernos salir de nuestra musulmana indiferencia, será preciso reconocer que somos un pueblo caduco, el cual, cumplidos ya sus destinos en el mundo, con la creación de 20 naciones de su estirpe, perece como esos seres de vida efímera, que mueren tan pronto como se reproducen.

La tendencia de nuestro tiempo nos lleva á constituir una gran nacionalidad, ó á ser arrollados por la ola á que en vano trataremos de resistir. Si no sabemos atraer á Portugal, ni civilizar á Marruecos, seremos unos tras otros devorados por nuestros enemigos; y perdida la esperanza de mejores días, dejaremos á los pueblos ibéricos de América el cuidado de continuar la gloriosa historia de una raza que, por su enérgica vitalidad, aún está llamada á brillantes destinos en el porvenir de la humanidad.

MANUEL BARAJA.

RAZONAMIENTO

DE UN PROGRAMA DE DERECHO PENAL,

por el Doctor

D. JOSÉ NOVO Y GARCÍA (1)

En un Programa total de la asignatura, aunque fatalmente sometido á la exigencia de limitación de tiempo, no cabe prescindir de la parte histórica. No puede desconocerse ni olvidarse el nombre y el carácter de un orden determinado de conocimientos, que no se titula Filosofía del Derecho penal, Historia del Derecho penal, ni Código penal. Su nombre comprende estas tres frases; su colocación en el plan de estudios determina los propósitos del legislador. Aun cuando prescindiéramos de encerrar en varias lecciones consecutivas lo que las dieciseis siguientes contienen, no podríamos callar las noticias históricas que en dis-

(1) Véanse los números 8.º, 9.º, y 10.

tintos puntos del programa creyésemos indispensables; y siendo así, preferimos reunirlas y condensarlas, presentándolas de una manera más harmónica, no dispersas ó presuntas, sino agrupadas y expresas.

Racional indecisión producen en el ánimo estas cuestiones. ¿Deberíamos dar á la Historia del Derecho penal toda la extensión que en su concepto de generalidad pudiera exigir? ¿Debiéramos estudiar solamente la Historia del Derecho penal español en los tiempos más próximos á los nuestros, aceptando la afirmación, bastante sostenida, de que el siglo XIX es el siglo de esta ciencia? No nos decidimos por la afirmativa, en el primer caso, temerosos de que aquel vasto estudio cercenase otros indispensables; y contestamos negativamente á la segunda pregunta, por que, sea cualguiera la consideración científica que la época presente alcance, nadie puede asegurar que no hubo hace siglos en nuestra patria monumentos legales de inestimable valía, que aun hoy, al tratarse de derecho penal, se ensalzan justamente. La necesidad de decidirnos nos hizo consagrar dos lecciones á la Historia del Derecho penal, ofreciendo en ellas varias divisiones de las más aceptables, ya por la fama científica de sus autores, ya por la sanción general que á ellas se otorga, lo cual permite en este punto exponer de un modo sintético los rasgos más salientes del desenvolvimiento y del progreso del Derecho penal. No creemos oportuna igual absoluta condensación tratándose de España, en donde varias civilizaciones se sucedieron, arraigaron algunas, murieron otras, y produjeron en sus luchas por el Derecho, Códigos inmortales como el Fuero Juzgo y Las Partidas, que tanto pueden enseñar al penalista y que no poco enseñaron á legisladores de tiempos modernos. El resúmen histórico del Derecho penal español comienza en la época romana y termina, ó mejor diríamos, se interrumpe, por lo que á la legislación penal común se refiere, al señalar su última manifestación de carácter general en la actualidad; y así en las cinco lecciones que consagramos al presente siglo, de las catorce que al Derecho penal se dedican, tratamos, entre otros extremos, del Código penal de 1822, del de 1848, de su reforma en 1850, del vigente en la Península española y en Cuba, en Puerto Rico y en Filipinas; del Enjuiciamiento criminal, de la Ley del Jurado, 1888; de los proyectos de Código de 1880, 1882, 1885 y 1886; y aun de las promesas hechas por el Gobierno en estos últi-

mos meses sobre nuevas leyes penales, verdadera necesidad de nuestro tiempo.

— —

La parte especial está dedicada no sólo á la exposición crítica del Código penal vigente, tomando por base la redacción del que rige en la Península y señalando los puntos en que difiere del de Cuba y Puerto Rico, sino también á otros preceptos legales que pueden considerarse complementarios del Código y de los cuales se trata en el punto en que este los indica ó los hace necesarios. Así, por ejemplo, al exponer el artículo 7.° relativo á los delitos penados por leyes especiales, se estudian estas inmediatamente; y cuando dentro del libro 1.°, se trata de la ejecución de las penas y de su cumplimiento, se exponen en tres lecciones, dedicadas á las prisiones en España, las disposiciones vigentes en esta materia, previas algunas indicaciones históricas acerca de tan importante asunto, que tanto preocupa, y con justicia, la atención de los gobiernos y de los tratadistas.

Al exponer y juzgar el Código vigente, no se acepta en absoluto el método seguido en el texto, no se dispensan las vaguedades ó las contradicciones que ofrece, ni se calla la aprobación, cuando el criterio del expositor la dicta. No sería difícil hacer esta exposición explicando el método que el Código debiera ó pudiera haber seguido y hasta los principios en que pudiera ó debiera haberse inspirado; pero tras de que estas ó semejantes aspiraciones tienen su esfera propia en la parte especial del programa, hemos creido poder facilitar el estudio del derecho constituido, estudio al fin de inmediata aplicación, siguiendo por regla general paso á paso los artículos del Código, ya comentándolos, cuando el precepto obscuro, dudoso ó deficiente exige aclaración, ya buscándola con frecuencia y hallándolas á veces en las decisiones de los Tribunales, especialmente del Supremo de Justicia; ya harmonizando disposiciones sobre puntos concretos, cuando no se encuentran reunidas y cuando es indispensable reunirlas para completar una doctrina.

No nos contentamos siempre con el tecnicismo del Código, como nos sucede al encontrar las circunstancias que eximen de responsabilidad, que nos parecerían mejor reunidas en dos grupos: causas de justificación, causas de inimputabilidad; ó como, por ejemplo también, al tratar del

delito frustrado y de la tentativa. En estos casos y en otros análogos recordamos, para establecer comparaciones, las afirmaciones sostenidas en la parte especial ó indicamos soluciones teóricas ó posibilidad racional de reformas.

La exposición crítica del Libro I del Código, generalmente considerada como su parte fundamental ó científica, termina en la lección 78; y esta disposición del Programa permite esperar que las explicaciones del curso alcancen cuando menos hasta aquí. Las lecciones 79 á 101 comprenden el contenido del Libro II, "Delitos y sus penas„; y las 102 á 105 compendian el Libro III, "De las faltas y sus penas„, formando estos dos libros lo que puede reputarse parte artística del Código penal.

Ha sido y es frecuente en las cátedras españolas de Derecho penal hacer fijar la atención de los alumnos más en el Libro I que en los II y III del Código; no seguramente porque estos dos no deban ser, sinó dominados por los estudiantes, al menos conocidos por ellos; pero es lo cierto que por mucho que se limiten las explicaciones de la parte general, y aún cuando se prescinda, como hacen algunos profesores, de la historia anterior al siglo XIX, dada la duración normal del curso con las reducciones, en gran parte abusivas, del mismo, por excepción se logrará exponer todo el contenido de la asignatura, dando igual importancia ó al menos igual extensión á cada una de sus partes componentes.

La lección 106, última del programa, que puede ser en todo caso la última de las que se expliquen, servirá para dar noticia del movimiento bibliográfico en materia penal, ocurrido durante el curso, limitándonos á esto, si el libro no nos es aún conocido más que por el nombre, y dando idea de él, cuando hayamos tenido ocasión de conocerlo, y empleando idéntico procedimiento con relación á los preceptos legales dictados en el mismo tiempo, si durante el curso no tuvimos oportunidad de citarlos en el lugar que les fuere propio y adecuado.

(Concluirá.)

Apuntes para un estudio comparativo de dos revoluciones [1]

II

En todas las obras de la Naturaleza vemos la más admirable gradación, y, como por una escala, se va subiendo del ser más imperfecto y rudimentario al más perfecto y mejor organizado. Todo se desenvuelve y progresa con arreglo á leyes fijas y ordenadas, sin que se altere bruscamente la transición harmónica y sucesiva. "Natura non facit saltus.„—Tan sólo de esta ley de la Naturaleza, que parece quiso hacer perfectibles á las criaturas animadas, se exceptúa el hombre, la Humanidad, que por lo mismo que cree poder progresar indefinidamente, está condenada á caminar hacia su fin, adelantando y retrocediendo, civilizándose y embruteciéndose sucesivamente y, como el mitológico Sísifo, cuando cree haber llegado á la cumbre, se encuentra de nuevo en la falda. La curva parece ser la ley universal

(1) Véanse los números 9.° y 10.

del movimiento: y así como los astros recorren sus órbitas, así también la Humanidad recorre á su vez una órbita cuyos perihelio y afelio son la civilización y la barbarie.

Fijémonos sinó en la historia de una nación cualquiera, y la veremos en épocas de grandeza, seguidas de épocas de decadencia, subiendo y bajando sin cesar, ó en la de toda la Humanidad que, cuando cree tener casi edificado el monumento de la civilización, una catástrofe cualquiera lo derrumba y pulveriza.—Y aún concretándonos más, á la moderna existencia política de los pueblos actuales, ¿cómo llegaron al estado en que los vemos hoy, sino en medio de violentas conmociones? Se impone—porque así lo exigen las circunstancias sociales—una modificación más ó menos profunda en el organismo del Estado: cambian las condiciones, la manera de ser, de una clase, de las que componen esa sociedad: hay, por cualquier motivo poderoso, ineludible necesidad de introducir alguna novedad indispensable.—Pues bien: ese tránsito no se verifica gradual y ordenadamente como en las obras de la Naturaleza: muy lejos de eso. La ley que rige es la del trastorno: en vez de progresiva regla de la *evolución*, el principio que domina el desenvolvimiento político de la sociedad, es el de la *Revolución*.

¿Y qué es la Revolución? Dar ese nombre á un *pronunciamiento*, á unos cuantos que chillan y alborotan por las calles, es falsear el sentido de la palabra: eso se llama motín.—La Revolución, para ser tal, ha de comprender á un pueblo y no á un partido, ha de ser trascendental manifestación de imperiosas necesidades no atendidas, originada por la situación del pueblo que la sufre: y ha de aparecer de una manera súbita, impensada, como la explosión de una bomba que el choque más ligero hace estallar: ha de ser efecto de una profunda crísis político-social, de una incompatibilidad y desequilibrio en la vida ordenada de la nación en que aparece; no resultado de un pasajero malestar en una clase determinada.

Fácil es de comprender, que, entre las diferentes causas productoras de la Revolución, unas hay que pueden llamarse *generales*, y otras *particulares* en cada país, debido á la situación especial en que se encuentre el mismo.—Entre las generales, la primera es la marcha evolutiva de la Humanidad, que alterando el orden harmónico de los componentes del Estado, ocasiona el peligro: abusos en el poder,

que se empeña en no modificarse conforme á las condiciones y progresos de la nación, sin fijarse en que—como dice Fox—la libertad es consecuencia más ó menos próxima de la tiranía.—Además, las ideas de las clases superiores en ilustración, fatales cuando son extraviadas, que, á medida que descienden, se abultan y exageran, á la manera de la bola de nieve que aumenta conforme baja. Alguien habla de que el pueblo sufre, de que es esclavo, de que tiene la fuerza y el derecho, de justas reclamaciones, y esto se propaga de la clase culta á la menos culta, y esta quiere poner en ejecución lo que oye, quiere remediar sus necesidades; pero lo hará de un modo grosero, brutal, conforme á su carácter. Enseñad que el robo es lícito, y el ladrón de guantes robará sin aprensión; pero *guardando las formas:* y el hombre del pueblo robará también; pero con el trabuco ó el puñal en la mano. Es la misma bola de nieve, sólo de nieve pura y blanquísima, de apariencia engañadora, en la cumbre de la montaña; sucia y asquerosa mezclada con piedras y con tierra abajo; pero la misma bola al fin.

Por eso son tan terribles las Revoluciones: de eso precisamente provienen sus horrores, de la ignorancia y brutalidad del pueblo.—Si este fuese ilustrado, si uniese á la fuerza material el poder de la inteligencia, sería irresistible y se impondría de tal manera que sin violencia pudiera conseguirlo todo; pero nada de eso: lo dirigen unos cuantos hombres instruídos, que quieren servirse de él como poderoso instrumento, así como el maquinista se sirve del vapor: lo excitan, lo enardecen, le animan á obrar, y lo hace á lo salvaje, y como locomotora mal dispuesta, va á estrellarse más allá del punto donde debiera detenerse.—Sin esta ignorancia, no podría existir la revolución.

No hay, sin embargo, que culpar tan sólo al pueblo. "Si fuese posible que un pueblo educado bajo un sistema de intolerancia y de despotismo derrocara ese sistema sin cometer actos de crueldad y de locura, caerían por su base la mitad de nuestras objeciones contra el poder absoluto, y por lo menos tendríamos que reconocer que no produce ningún efecto pernicioso en el carácter intelectual y moral de los pueblos.....: que la intensidad de la violencia está siempre en relación con la barbarie y ferocidad del pueblo, y estas con la opresión y el rebajamiento en que ha vivido.....: los hombres han menester de libertad algún espacio, antes de que sepan usar de ella: cierto es que el pueblo

inglés atacó á los gobernantes con furor ciego: pero también lo es que ellos le habían vendado antes los ojos. (1)

Además de las causas *generales,* que producen las Revoluciones, las hay también que, sin ser tan fundamentales, tienen grandísima importancia y contribuyen á acelerar el suceso allí donde aparecen: por ejemplo, las diferencias religiosas que, cuando se complican con las ideas políticas, resultan verdaderamente terribles, como sucedió en Inglaterra: la miseria del pueblo, considerado poco menos que si fuera un conjunto de esclavos, como aconteció en Francia.—Claro es también que en la violencia de la explosión tendrá grande importancia el carácter peculiar de la nación donde se manifieste, su historia, su situación geográfica, en fin, diversas modificaciones de tiempo, modo y lugar.—Podemos sentar así mismo un principio que veremos luego demostrado con hechos: toda revolución pudo haberse conjurado, si se hubiese acudido oportunamente con remedios apropósito.

Las causas de las Revoluciones son, pues, en teoría fáciles de resumir: La tendencia democrática, que de igual modo que Alarico se sentía arrastrado á ir á Roma sin saber porqué, empuja al pueblo instintivamente á querer gobernarse por sí mismo: la resistencia de los poderes á transigir en ello: la brutalidad de las masas instigadas por ideas extraviadas las más veces, peligrosas siempre por la misma ignorancia de aquellos á quienes se dirigen, y, por último, la miseria y la falta de caridad: una revolución no se contiene con bayonetas; pero con pan seguramente que sí, en bastantes casos.

RAFAEL CASARES GIL.

(Continuará.)

(1) Macaulay.—"Estudios Literarios.„

NUESTROS CRÍTICOS

I

Mal sino tiene en esto la *Literatura gallega:* no hubo ni hay un crítico verdadero de ella, ni un escritor mediano que, á la contínua, se ocupara en juzgar rectamente las producciones literarias gallegas.

A parte los de D.ª Emilia Pardo Bazán, sobre algunas; los juicios de *Volvoretas* por D. Alfredo Brañas, del *Crédito Agrícola,* por el galano escritor y magistrado intachable, D. José Parga, del *Discurso* de Sánchez Moguel, por Murguía, y del *Regionalismo,* de Brañas, por D. Salvador Cabeza, son los únicos sinceros estudios críticos, dignos de anotarse en los anales literarios gallegos, desde la ya lejana publicación de *Volvoretas.*

Ahora..... hemos traspuesto las fronteras de la región con el mismo *fado triste,* que diría Eça de Queirós, y se nos estudia, nada menos que en la *Revista Contemporanea,* por D. Leopoldo Pedreira, á la sombra del ostentoso epígrafe: *El Regionalismo en Galicia;* pero, la mala estrella de

este trabajo se ve ya en su tema ú oriente, un parrafito pergeñado con tan poquísima verdad como el que copio:

"Respeto y aun me entusiasman los regionalismos: nada más hermoso que amar la tierra donde se vió la luz, y la lengua que se balbuceó cuando niño, y las hazañas que ilustraron la historia particular de los lugares donde se hace la vida. Pero aprovechar este amor para sembrar odios, paréceme insensato.„ (Núm. 400, pág. 113.)

En el sentido genérico del párrafo, está mal dicho regionalismos; pues uno es el Regionalismo en principio, aunque se manifieste diversamente en Cataluña que en Galicia, en Polonia que en Irlanda. El mismo señor Pedreira me da la razón, al comenzar su trabajo así: ¿Qué es el regionalismo?

Tampoco es sólo amor á la tierra donde se vió la luz, á la lengua que se balbuceó de niño y á las hazañas de los lugares donde se hace la vida; sino protesta contra un régimen violento, falso é improvisado, que dijo ha poco el *Monitor de Roma;* ley, ó si se quiere, instinto de conservación de una sociedad legítima, que la arbitraria mano de la geodesia oficial, en frase del insigne Pereda, no se aviene á medir, ni siquiera á contar como existente.

Y jamás el Regionalismo significó guerra, ni tea de discordia, ni plantel de odios, ni nada de cuanto dice Miguel Morayta, el sabio del Diluvio, que es quien firma este tan substancioso párrafo puesto, respetuosamente por Pedreira, de heraldo de su obra.

Cosa hermosa sería, en verdad, el Regionalismo, siendo eso; mas no materia única, y á veces principal, de tantos periódicos, revistas y libros; no hubiera dado pie para las últimas salidas, verdaderamente primeras, de los señores Sánchez Moguel y Valera, ni merecería, tal vez, que yo hiciese alto en las enfadosas cotidianas ocupaciones, para ayudar á sostener esta, llamada por Pedreira, *organización social vieja y caída. ...*

¡Organización vieja y caída la porque se ha roto y quizás rompa ahora, la unidad del gran partido liberal inglés, la ensalzada hace poco en la cátedra del Ateneo de Madrid por el ilustre Azcárate en discurso notabilísimo, la que, más ó menos francamente, forma parte de las reformas municipales patrocinadas por los políticos nuestros de más prestigio, D. Francisco Silvela y D. Raimundo Fernández Villaverde, y la que es toda una cuestión social!....

Así la llama Pedreira, refiriéndose á otro discurso de Azcárate, al que parece no ha entendido. "Creemos, dice, que el regionalismo es una cuestión *social,* dando á este calificativo el sentido que le asigna Azcárate. Es decir, que llamamos *cuestión social* al regionalismo, porque no se limita á una sola de las manifestaciones de la actividad humana, sino que las abarca todas. No de otro modo se da el mismo epíteto al problema obrero, que (con triple ripio) entraña *en sí* (primer ripio) todo un *interno* (segundo ripio) *contenido* (tercer ripio) de cuestiones políticas, económicas y morales.„ Digo con triple ripio, porque, si el problema obrero *entraña* cuestiones políticas, económicas y morales, las tiene *en sí, internas* y *conteñidas.*

De lo trascripto se deduce, que es cuestión social, hecho sociológico, materia de la Sociología, una disputa ó contienda de los mismos aspectos que la vida, y no es verdad. El llamado *problema social,* dice Azcárate, así como suena, no es desde luego y propiamente materia de la Sociología; como por su complejidad tiene los mismos aspectos que la vida, cada uno de ellos toca á una ciencia particular; y á la Sociología, estudiarlo y resolverlo bajo un punto de vista sintético, en cuanto trasciende á la total organización y vida de la sociedad, en cuanto es *social total* y genérico, y por esto, propio de la Sociología, y, en suma, *social* para Azcárate. La característica de lo social para él, no es la de que coja una cuestión las manifestaciones todas de la actividad humana. Luego, el Regionalismo y el problema obrero, que las abrazan, según Pedreira, serán cuestiones *sociales,* mas no en el sentido que Azcárate da á esta palabra en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. (V. núm. VII de él.)

No es cierto, tampoco, que sea una cuestión social el problema obrero, porque entrañe *en sí* todo un *interno contenido* de cuestiones políticas, económicas y morales; ya que, en el sentido vulgar de la palabra, no es *social* un problema, sino abarca los mismos aspectos que la vida, donde hay más que Política, Economía y Moral.

Pero, aun siendo esto sólo el Regionalismo, ya sería algo más que cosa vieja y caída; cuando menos, "es y debe ser, *morriña* quejumbrosa, en Galicia; *egoismo* regional y manufacturero, en Cataluña, y..... sueños de linajes y abolengos (ó de ripios) en Santander„..... ¡Así con tanta lógica y tan raso por corriente!

Es más aún:..... "como sus mismos apóstoles declaran,—copia de Sánchez Moguel—presenta cuatro (ni más ni menos) presenta cuatro aspectos diferentes, histórico, literario, *social* y político....." Quedáramos en que lo político lo contenía *en sí* lo *social,* y ahora..... ¡qué mareos! ni aun comprende lo histórico que, en buenos ajustes, es aspecto de toda cuestión. ¡Si ésto!..... Antes, con lo político, económico y moral ya teníamos el *interno contenido* de lo sociológico; ahora hay también lo político, de nuevo lo histórico y lo literario, y otro *social,* que no es aquél, que no es continente, y si..... ¡vaya V. á saber!

Mas ¡ahí es nada! "También notó el aspecto social del regionalismo un tal Alfredo Brañas, autor de una obra acerca de la materia que estamos dilucidando, la cual obra se tituló: *Estudio sociológico, histórico y literario;* si bien el señor Brañas no se acreditó de sociólogo, historiador, ni literato, antes, al contrario, se muestra dominado por aquella debilidad y calentura de que hablábamos al principio; y su libro es el más sandio que ha salido de las prensas, desde que se publicó la *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo,* devocionario impreso en el siglo XVII." (Pág. 115, núm. 400.)

¡Y válgame Dios, que aquí lo *social* no abarca todos los aspectos, sino que es uno del Regionalismo, y esto no encaja en el sentido dado por Azcárate á esa palabra, ni menos en el que la dan Sánchez Moguel y Pedreira con el vulgo; y donde en este párrafo hay los primeros punto y coma, debía haber punto, y en el sitio de los segundos, punto y coma, no sé qué debía de haber, como no fuera más sintaxis, la cual brilla por su ausencia de la punta al cabo del párrafo!.....

Su corte es el mismísimo del difunto Arévalo (q. D. h.); y, las frases, *sandio, un tal, obtuso intelecto;* la inquina al pobre Añón y el desprecio de Murguía..... de que están saturados los artículos que estudiamos, delatan, así como *á priori,* un crítico, hecho y derecho, de letras gallegas y de los que escriben: *aquella* debilidad y calentura, y que el regionalismo *es sueños.....*

"No siendo, pues, el regionalismo un movimiento meramente político, ni *simplemente literario,* ni sencillamente histórico"...., con el epígrafe de *El Regionalismo en Galicia* estos artículos, ¿por qué se ciñen á la crítica de nuestro movimiento literario, y dejan todas las demás manifestacio-

nes de la actividad humana, digo, gallega? O el Regionalismo no es una cuestión *social*, ó los artículos de Pedreira no dicen al título que llevan.

"Por consiguiente, el movimiento regional gallego no llega á verdadero regionalismo (¿saben Vds. cuál es, según Pedreira?) sino en algunos cerebros calenturientos, y en general significa *sólo* una predilección por el país natal que es digna de respeto y hasta de aplauso,„ (Pág. 258, número 401.) Hubiera V. comenzado por ahí, y se ahorraba título tan pomposo, introducción tan *genérica en el espíritu*, y..... hasta los mismos artículos. Con parafrasear en uno las palabras del tema (casi copiadas ahora) ya se había V. entusiasmado de sobra, con esa predilección digna de respeto y hasta de aplauso. Muchas gracias.

De letras gallegas bastaba que dijese y era holgado título para sus artículos. Con esto, escribiendo luego que: "Las lenguas regionales, al ser sometidas al estudio de los doctos, se sintieron tan orgullosas como las lagartijas de la fábula cuando las cogió el *curioso naturalista*, y comenzaron á emperejilarse y ponerse perifollos„—quiere decir ripios,— y añadiendo que: "La región galaica está separada del centro de la Península por montañas *que se elevan y valles que se estrechan*„ (pág. 251, núm. 401), estaba al cabo del comienzo de su trabajo.

A lo sumo, podía escribir, como escribe en la misma página: "Yo invitaría de buena gana á todos los que niegan este hecho,„ ¡el de las montañas que se elevan y de los valles que se estrechan!; que, si alguien fuere osado á negarlo, aquí estaba yo para contradecirle, afirmando, con seguridad de ser creído, que sólo existe un hombre que piense haya quien niegue esos hechos, que dos son; pero no hay persona que le pase por las mientes negarlos.

Como, tampoco, negará nadie, que está muy mal escrito esto:..... "y las sabias, atinadísimas, pertinentes y luminosas observaciones sobre puntos de morfología y fonología *gallega*„; porque ha debido escribir, morfología y fonología *gallegas*, y porque, maldita la necesidad que había de embalumbar un artículo, dedicado, por cierto, á la mejor obra de nuestra literatura—*El Cancionero*,—con ripios y más ripios: atinadísimas, pertinentes y luminosas, aplicados á observaciones que, siendo sabias, ya son cuánto hay que ser en este mundo, en el cual, decía el otro, que lo había sido todo y todo es nada.

Por esto, sin duda, "cuando los escritores (pág. 272, núm. 401) quieren *inventar* una palabra gallega, suelen hacerlo muy mal, porque desconocen las leyes de la fonética, ó la toman (¿la fonética?, en buena sintaxis es la fonética) ó la toman directamente del portugués;„ aún "después de los progresos que *ha* realizado la lengua, *la métrica y la rima*, según se lée en el núm. 404, pág. 592, con doble ripio y ninguna gramática.

Por de pronto, esto da á entender que, conociendo las leyes de la fonética, ya se posee toda la ciencia del lenguaje, y bien saben Dios y Bello que no es verdad; pero, si progresa una lengua, cierto es que progresan sus *rima y métrica*, y estos progresos no los *ha*, sino *han*, realizado la lengua, *la métrica y la rima*, en el ripioso lenguaje de Pedreira, reincidente en infringir reglas elementales de sintaxis.

La cual, tampoco soporta estos versos malos; pero versos al fin:

"pero falta no menor
es la exclusión
del autor
de *Cousas da aldea*,
primorosa colección
muy superior„..... (Pág. 70. núm. 405.)

Ni estos:

"Son cuadros animados
y vivísimos de la vida rural
gallega, inspirados
por el sentimiento del amor
intersexual, tal„..... (Pág. 74, idem.)

Y menos estos otros:

"más tarde entró de lleno
en la vida de periodista,
trabajando con tanto ardor,
constancia y empeño
que, durante unos seis
años, redactó
exclusivamente solo
el *Diario de Lugo*, que llegó„... (Pág. 77, id.)

Lo cual no ha sucedido,

"cuando el habla dulcísima
del enamorado Macías
se imponía

á las lenguas
todas de la Península
introducía;„ (pág. 166, núm. 406)

pero si, cuando Pedreira ha cantado á uno de los escritores nuestros de más mérito, á Aureliano J. Pereira, que bien merecido lo tiene, por dejarle escribir de este otro modo: "Tendremos verdadera satisfacción en contender con él, bien convencidos de que, cualesquiera que sean las ideas que nos separen, siempre coincidiremos en *un punto que une* á todos los hombres de honor„..... (Pág. 79, núm. 405.) Esto es escribir, y lo demás..... Enrique Vera y González.

Por hoy, hago aquí punto..... *que une*.

José Barreiro Meiro.

La Puebla del Brollón á 19 de Marzo.

HERBÓN

Al E. de la Villa de Padrón, y á dos millas escasas, siguiendo la carretera que atravesará algún día aquella parte de la provincia de la Coruña, que lleva el nombre del río *Ulla* que la riega, se encuentra una aldeita donde comienza estrecho sendero festoneado de zarzamoras, rosales silvestres y madreselvas. Va la senda descendiendo suavemente, é internándose entre bosques que sombrean la base de altas lomas, hasta desembocar en el ángulo de una pared de mampostería, carcomida por la hiedra que abrió paso á sus gruesas raíces derribando la cal y los pedruscos. En la cara de este muro que da frente al camino, y á una elevación como de dos varas, existe una ornacina grande, con el arco pintado de varios colores, y pendiente de la clave, un mezquino farolillo, que, por las noches, suele encender la devoción de los aldeanos. A los pálidos reflejos de la lucecilla, medio se vislumbran los toscos perfiles de un grupo, en piedra esculpido, remedo piadoso de la

celebérrima obra de Miguel Angel, *La Pietá.* Por el día, preserva á la escultura, de los rayos solares, la chata y amplia copa de un pino, de los llamados en el país *mansos,* y vulgarmente denominados de "Italia.„

A la conclusión del muro y en el fondo de un valle, se asienta el convento que guarda las cenizas de Juan Rodríguez del Padrón, ó de la Cámara. Es aquel, centenario edificio, de grave y melancólico aspecto, cual conviene á mística casa. La soledad que le rodea; la honda y hermosísima cañada por donde se desliza el sacro río, que á su paso besa blandamente los cimientos del apartado cenobio; la suave y fresca sombra de los bosques cercanos, formados de seculares álamos, robles, castaños, chopos, almendros y naranjos; el balsámico hálito que exhalan las rosas silvestres, los lirios, las violetas, las manzanillas que tapizan el suelo, y las madreselvas que abrazan amorosamente añosos troncos de árboles gigantescos: las humildes viviendas de los aldeanos, cubiertas de hiedra y sombreadas por los elegantes sarmientos de arcáica parra, y al otro lado del río las ruinas del castillo de "Castro-Valente,„ cuyas piedras, por el monte desperdigadas y cubiertas de sedoso liquen, semejan caprichosos estuches forrados de terciopelo verde, merecen la pluma de oro de Zorrilla para ser descritos.

Al otro lado del Ulla, frente á frente del monasterio, y sobre una planicie rodeada de azulados montes, se ven las ruinas de un castillo, que á mí se me antoja famoso, y que, según cuentan las crónicas, se derrumbó incendiado, á fines del siglo de los Reyes Católicos. Castillo y monasterio sirvieron de escenario á lo que voy á relatar. Para descargo de mi conciencia, debo advertir que no respondo de la veracidad del relato. (1)

*
* *

Por estrecha senda en el bosque abierta, tapizada de hojas hasta formar gruesa alfombra, camina un fraile franciscano, llevando á hombros unas alforjas pequeñas, de las que salen, meciéndose al compás, flexibles ramas de exóticos

(1) Esta relación, cuento ó leyenda, ó como quieran llamarle los lectores de la revista GALICIA, fué escrita hace diez años para formar parte de un libro—que publicaré algún día—y que llevará por título *Mentiras.*

árboles. Ligera y húmeda brisa agita los largos cabellos negros de aquel fraile de singular traza que, además de la cuidada barba, luce recias espuelas, sujetas á la bota del caballero y no á la sandalia del hijo de San Francisco. Avanzando pausadamente, registra el paisaje que se desarrolla á su frente, hasta que columbra entre las ya casi desnudas ramas del bosque, la torre del convento de Herbón, apenas dorada por la luz sin rayos del sol poniente de una tarde de Otoño. Hace alto en su marcha y, depositando al lado de un árbol las alforjas, queda absorto en muda contemplación ante la pequeña linterna de aquel campanario, allá lejos alzado como un faro entre brumas y escollos.

La tenue reverberación solar que lo ilumina desaparece y de faro conviértese en negro fantasma, el cual, como si evocase las sombras de la noche, lanza al espacio, una tras otra, pausadamente, con melancólica parsimonia, una misma nota modulada por garganta de bronce. Fuerte ráfaga de aire frío contesta gimiendo por entre las retorcidas ramas de los álamos y de los robles, y á su impulso despréndense, crugiendo, las últimas hojas que, cual grandes mariposas negras, en rápido zig-zag vuelan un instante, antes de confundirse para siempre en el obscuro montón que forman sus hermanas de ayer.

—La paz de Dios y de nuestro padre San Francisco sea con vosotros!—dice el caminante, al trasponer el umbral del claustro. Y la pesada puerta, girando con estridente chirrido, vuelve á cerrarse tras la sombra humana, que desaparece entre las tinieblas que envuelven el interior del convento.

*
* *

—Bajo vuestra mano—dice un joven vestido á la moda de los donceles del reinado de Juan II de Castilla—se ve como medran esas palmeras que habeis traido de Jerusalem y ese cedro del monte por donde corre el torrente Cedrón.

—Bajo la mano de Dios, que es el que dispensa la vida á todas las criaturas—contesta su interlocutor, fraile ya de edad madura, á juzgar de las canas que lucen entre su barba, un poco más cuidada de lo que acostumbraron los de la orden. Y alzando la vista de los tiernos arbolillos, y fijándola en su acompañante.

—Malas nuevas corren del Mariscal—dice lentamente, acentuando cada una de las palabras.

El doncel frunció el ceño, y, precipitadamente, como si le hiciese daño que el aire y las plantas, que les rodeaban, se hubiesen enterado de algo de gran importancia para él;

—Esas nuevas—contestó—las corren los enemigos del Mariscal, los traidores á su tierra, pasados con armas y bagajes al bando de los usurpadores. Pero, no los creais, padre. El Mariscal Pardo de Cela está dispuesto á defender nuestras libertades y á ayudar á la reina Juana, con gentes y dinero, á fin de que no nos impongan los castellanos á la hermana de su padre.

—Virtuosísima princesa—exclama el fraile con exaltación—la que ocupa el trono que dejó vacío Enrique.

—¡Muy virtuosa!—contesta el joven, inclinándose y haciendo una mueca—pero su virtud no ha llegado hasta respetar nuestras inmunidades y prerrogativas, como es legal y justo que las respetase. Y aun hace gala de obligar á nobles y vasallos y á gentes de todas condiciones á empuñar la pica y la espada, para recordarle esa virtud de que tanto la alabais, y que tan mal parada quedó en los Toros de Guisando, con el asesinato del Maestre de Calatrava y con el despojo de su sobrina.

—¡Callad! ¡callad, Jaime!—repone agitado el franciscano, mientras con una mano pretende tapar la boca al doncel y con la otra se apoya en el tronco de un ciprés.—Si dijeseis eso delante de un caballero, os costaría desenvainar esa hoja segoviana, para sostener vuestra calumnia.

—Calumnia? ¡Yo no he visto la calumnia todavía! ¿Dió su aquiescencia y su firma para deshonrar á su hermano, suscribiendo un documento inícuo, inmoral, indecente?—rugía el joven.—¿No murió envenenado el gran maestre de Calatrava, cuando ya estaba cerca de la corte, donde debía casarse con Isabel? ¿No usurpó.....

—No prosigais: me parece que oigo á un loco—dijo el fraile—y tambaleándose, como si estuviese beodo, penetró en el convento. El joven, después de mirar largo rato al lugar por donde marchara su contrincante, se dirige al río, salta á una barca y atraviesa á la otra ribera, desapareciendo por el camino que conduce á Castro Valente.

*
* *

—No: no debe ser justa la causa de Isabel—murmuraba fray Juan el "poeta„—como sus hermanos le designaban—recorriendo aceleradamente su celda, presa de agitación violenta.—No! Cuando así los nobles gallegos conspiran, y muchos castellanos, con Carrillo el primado á la cabeza, ayudan á D. Alfonso el Africano, reivindicando los derechos de la princesa doña Juana, y, primero Zamora y Toro ahora, caen en su poder, como antes Plasencia. ¡Isabel! ¡Isabel!—clamaba el fraile en su exaltación—¡huye! ¡huye! vuelve á cojer la rueca, como dice el arzobispo de Toledo, porque antes que tú es la hija de tu hermano..... Y fray Juan se enjugaba el sudor que le corría por la frente.

—Pero, yo deliro—proseguía el poeta.—La infanta Juana no es hija de Enrique de Castilla. Todo el mundo la señala con el dedo, y las cortes del reino también la rechazaron como fruto de un amor adúltero..... ¡No!: la hija de Beltrán de la Cueva reinando, sería tanto como si se legalizasen la prostitución, el adulterio!..... Tu causa es justa, ¡Isabel!, tu causa es justa. Junta á tus vasallos en apretado haz, y tiende á tus enemigos sobre el campo de batalla! Venga la afrenta de Aljubarrota y pon esposas á los ambiciosos que sostienen á la Beltraneja! Dios protejerá tus derechos! No puede abandonarte. Eres la hija.....

¡Calla! ¡calla! conciencia dura y punzante como aguda espada ¡calla! Sí; ya sé que la madre de Isabel fué adúltera..... ¡Calla! por piedad! ¿No ves cómo hago penitencia y oración contínuas?..... ¡No es bastante, dices! ¡Implacable! Pero tu no oyes á la razón que dice, que es mayor el escándalo de la Beltraneja, por lo mismo que no puede ser hija de un impotente! No; no interrumpas á la razón..... escucha..... Sí: gritas, puedes más diciéndome que son sofismas y que Isabel es mi.....

¡Tú, que sabes, conciencia! Su madre, era la mujer de Juan II; y Juan II no era impotente..... ¡Tú que sabes!..... !Calla! Me dices, que Isabel nació cuando la reina era mi amante y á los cuatro años de estar casada con un hombre enfermo!.....

¡Oyeme un instante! ¡Un momento tan sólo!..... La reina Juana fué veleidosa, hizo gala. ... Sí: también fué veleidosa la madre de Isabel. ¡Oh!..... ¡Aún me duele aquí, en el pecho, el golpe que recibí, cuando miré los claros ojos de Isabel, fríos, indiferentes para mí!..... ¡Qué dolor tan grande! ¡Qué herida tan grande aquella!..... Aún brota sangre.....

¡Quise hablarle de nuestra hi..... ¡No!, verdad tan aguda como la conciencia. ¡No!..... No era de Isabel..... era de mi amor del que quería hablarle!.....

Y el fraile, rendido, anonadado por la fuerza del recuerdo, quedó inmóvil, sentado en el duro asiento de su celda, ocultando el rostro entre las manos.

*
* *

Pasaron aquellos días en los cuales, el portugués, ayudado por la deslealtad de muchos nobles y por la fe en la causa de la justicia de otros, había puesto en jaque el trono de Castilla. Pasaron sí, y tras la victoria, siguió la justicia, mejor dicho, la represalia, que cayó fuerte y nunca bien fustigada por la verdad histórica, sobre los magnates y el país gallego.

Después de tres años de lucha incesante entre los partidarios de doña Juana y de los Reyes Católicos, el señor de Castro Valente, con otros nobles, se retiraron á sus castillos, si derrotados, no vencidos. En el convento de Herbón silencio de tumba reinó, esperando á que el *Mariscal*, ayudado por el instintivo odio á la castellana, latente en el país, recabase la independencia de Galicia, ya que no pudiera colocar en el solio de Juan II la hija de Enrique IV, merced á la traición de los ambiciosos próceres de Castilla.

Y al cabo de algún tiempo, volvieron á agitarse en sorda conspiración aquellos señores que, como el nuestro de Castro-Valente, se habían retirado después de la derrota de Toro; y no fueron ciertamente los frailes de Herbón los agentes menos importantes de esta segunda intentona á que animaba con su larga y desesperada resistencia, Pardo de Cela. Partió, pues, el vecino de la casa franciscana á incorporarse á las tropas del Mariscal, deseoso de vengar la humillación sufrida ante los muros de Zamora.

*
* *

Resonaban en el coro las apagadas voces de los franciscanos. La hora extraordinaria de aquel rezo, murmurado

más que cantado; las oscilaciones de las luces de las lámparas, que apenas iluminaban la miedosa y lóbrega iglesia; el crugir de las vidrieras golpeándose con furia en los maineles; el silvido del viento que se filtraba por los intersticios de las puertas; el pavoroso mugir del bosque, azotado por el vendabal, todo daba al recinto sagrado aspecto solemne y lúgubre á la vez, algo así como presentimiento de una catástrofe que se cerniese sobre la casa de la oración y de la penitencia.

De repente, la vibrante esquila de la portería sonó allá fuera como agitada por nerviosa mano, y el rezo cesó. Levántaronse del duro suelo los frailes y rápidamente desaparecieron del coro, cual si á ello los impulsara un resorte. No habían transcurrido algunos minutos cuando la silueta de un franciscano, atravesando la nave de la iglesia, fué á postrarse ante un crucifijo que alumbraban dos velas, y de sus labios salieron frases de agradecimiento llenas:—¡Gracias, Señor! ¡Gracias!—repetía en voz queda.—La virtud y la justicia han triunfado!! ¡Ahora, Dios mío, piedad para el vencido!

Y mientras el fraile aquel, el mismo que en la huerta sostuviera violento diálogo con el defensor de Pardo de Cela, seguía á los pies del Cristo, allá en la retirada biblioteca, la comunidad, con su prior á la cabeza, escuchaba silenciosa al mensajero que el señor de Castro-Valente había expedido de la ciudad de Mondoñedo, para dar cuenta á sus vecinos de la desastrosa jornada en que, á una, perecieran las libertades de Galicia y el *Mariscal.*

—Mi señor—seguía diciendo el emisario—viene tras de mí á grandes jornadas con las gentes que le restan, á guarecerse en su castillo.

—¡Ay!—clamó el anciano prior—el último dado se jugó ya y la suerte le fué adversa. No bastaron las humillaciones que hemos sufrido, viéndonos ultrajados y humillados por las imposiciones del castellano, al que prestamos ayuda con nuestra sangre y nuestros bienes. No bastaron las detentaciones arbitrarias hechas á nuestros fueros y autonomía. No fué bastante que soportásemos el yugo de pírncipes extraños, sinó qué, al defender nuestras libertades y al batallar por la causa de la justicia, personificada en la desventurada hija de Don Enrique, la traición debía venir todavía á hundirnos en el polvo, con nuestra fé y con nuestras esperanzas y con nuestros derechos.

Y el prior, trascurrido un instante de silencio, murmuró tembloroso:—De la misericordia de Dios hemos necesidad, para que la ira del vencedor se aplaque y no haga caer con violencia sus furores sobre nosotros.

R. Balsa de la Vega.

(Concluirá.)

VIAJE CORTO Y MUCHO ANDAR

Me habían invitado para un baile de máscaras, que se celebraría el martes de Carnaval, con mucha animación, en la villa de C.....—dijo Manolo Sánchez, encendiendo un cigarrito.—Hace de esto mucho tiempo—prosiguió como si hablara para sí—y los recuerdos se aglomeran en mi memoria, aniquilándome el corazón en una ola de tristezas.

Ustedes que acuden á mi alrededor para derramar una gota del bálsamo de la amistad en este corazón mío, tan cruelmente destrozado por la mujer que acaba de abandonar su hogar, aniquilando su honra, arrojando al más infame desprecio las amantes consideraciones de su esposo, no extrañarán que evoque lo que creo una dicha perdida (creencia tal vez levantada solamente por la fiebre del dolor presente en el naufragio de la paz de mi vida) pero, al fin, que tiene la ventaja de no haber tenido tiempo de ahogarse en los lodos de la realidad. Es la Noemi que sonreía, como un ángel del Cielo, en el ocaso de la vida del grande orientalista de Tréguier y colora un poco la noche de mi tribulación.

Sánchez dejó vagar los ojos altos por algunos momentos, cual si mirase á lo pasado, abstraído por completo en su visión; y de pronto, tomando otra postura en la silla, como si hiciese un esfuerzo para vencer sugestión poderosa, continuó:

—Acepté con entusiasmo, porque me encontraba en la edad en que los pies bailan sólos, y además tenía en mi poder una cartita (muy perfumada por algunas violetas que venían dentro de ella) donde una mano adorada había escrito estas palabras deliciosas: "Ven, no faltes. Seremos muy felices.„

Tenía que andar poco más de una legua por un camino que atraviesa montes muy altos, desde donde se domina un dilatado horizonte de montañas y una porción de pueblecitos de escaso vecindario. Apesar de la estación, el día estaba lleno de luz, no había nubes ni hacía viento. Monté en la caballería, con todas las sensaciones externas agradables, y con el ánimo risueño. "Seremos muy felices„ me decía la cartita perfumada por las violetas.

A escasa distancia de mi casa encontré á unas cuantas mujeres muy bien vestidas con sayas de percal y sendos pañuelos de colores en los hombros y á la cabeza: hablaban muy alegres, conduciendo un recién nacido envuelto en lienzos muy blancos y muy largos con una flor azul en la gorrita.

—Pónganle Bienvenido—les dije—porque se bautiza en día muy hermoso.

—Es niña—contestaron con mucha algazara.—La madrina, que no ha podido venir (¡malpocada!) porque se le ha muerto una hija, la única que tenía, (¡malpocadiña!) quiere que le pongan Dolor. Es un nombre muy bonito ¿no le parece?

No hay duda—medité.—El dolor tiene su hermosura, cuando el alma sabe recibirle con tranquila resignación. Luego me sentí un poco impresionado por la idea de elegir el singular de un nombre que, en plural, es muy frecuente. Tiene razón la madrina—pensé.—La suma de todos los dolores es sufrir. Sufrimiento es el gran dolor que los sintetiza todos; fiebre lenta ó aguda, enfermedad original en el ser humano. Una brisa de violetas barrió de mi frente alguna nube, que se había formado en ella, y resplandeció en mi espíritu como escrita con estrellas de fulgurante brillo, la frase de mi adorada: "Seremos muy felices.„

A medida que iba caminando veía, en cada grupo de

casas, el *Entroido* levantado en la punta de un palo muy alto (el pino más delgado y elevado del bosque) con su actitud guerrera en unas partes ó vaciando una gran calabaza (cual borracho consumado) en otras; y al pie del palo se oían los lamentos de la gaita, notas desaforadas de figles y trombones, chillidos estridentes de inícuos cornetines, y clarinetes, estruendo de bombos y redoblantes, gritos destemplados de los *zamazucos*, ruido de cencerros y el bullicio de la gente que bailaba, corría y saltaba dando voces, celebrando de este modo la fiesta del espantajo que allá en el espacio simbolizaba, con su facha grotesca, la necesidad de hacer alto por algunos instantes, aturdiéndose y riendo locamente en la eterna marcha de la vida tan monótona en su agradable y placentero curso diario.

El cielo tenía un matiz azul profundo; el sol atravesaba la insondable lontananza, aumentando la diafanidad de la atmósfera hasta el punto de presentirse la inmensidad sin límites. Yo llevaba dentro de mí algo parecido á lo que veía; solamente que, en los horizontes de mi espíritu, aquella fría, serena y profunda tranquilidad del cielo que me cubría, se trocaba en una sonrisa de vida exuberante, parecida al sonreir del Bósforo y del Golfo índico, al sentir los primeros albores de la mañana naciente. "Seremos muy felices.„ Esta frase, perfumada por el fresco aliento de las violetas, era el foco luminoso, que inflamaba con sus destellos de oro los espacios venturosos de mi alma.

Pasó un hombre cargado con un ataúd muy sencillo. Era una caja de pino cubierta con un pedazo de coco negro y algunas cruces de cinta blanca de algodón.

—No ha escogido bien el día para morir—dije al hombre del ataúd.

—Todos los días son buenos para eso—contestó con brusquedad.

—Sin embargo—insistí—la alegría de hoy debiera espantar la muerte.

—Bah!—dijo el hombre, arrimando la caja mortuoria á un muro.—No diga eso. La muerte es la única amiga de los pobres. Sin embargo, yo le diré: el que va á ocupar esta caja tenía 93 años y dijo antes de dar el último boqueo, que sólo sentía morir en martes de Carnaval.

—Debió de ser hombre alegre.

—Tanto rió, que ahora es una risa para enterrarle. No dejó nada. Esta caja es de caridad. El señor abad tiene que

cantar de valde por esta vez. Siempre decía: lo que tengo es para mí. Los hijos, si no tienen que partir, que partan los huesos; y cuando me muera, que me entierren como quieran.
—Vaya; que usted lo pase bien. Aún voy á ver si echo un trago con un compadre, que me espera en su bodega para celebrar el *santo entroido*.

Al dar la vuelta á un recodo del camino, un buen grupo de gentes alborotaban alegremente, celebrando la fiesta del día. Un figle cantaba, como si ahullase, una mazurka, y un clarinete hacía el acompañamiento en notas de re grave. Un pollino, cubierto con colchas de colores muy abigarrados, sonando muchos cascabeles y campanillas, corría con las orejas derechas alrededor del baile, llevando encima un rey, emperador, ó cosa por el estilo. Ceñía, el tal, corona, arrastraba manto y con el cetro (un saquito de tela floja lleno de ceniza) largaba sendos golpes, que los súbditos recibían haciendo como que escapaban, pero en realidad muy satisfechos de la real caricia que los tundía y emporcaba al mismo tiempo.

En una loma, poco distante de aquella gente que victoreaba con entusiasmo al magnate admitido en el mando, sin violencia, por la sola fuerza de su osadía, una voz clamaba desolada.

—¿Quién da esas voces?—pregunté al primero que pasó.

—Es la madre de un rey que usted debió de ver ahí atrás. Tenía la pobre dos pesetas, su único caudal, para comprar maíz, y ese gran señor se las robó. Ahora no tiene pan.

Arrimados á una cruz de madera, clavada en la margen del camino, en recuerdo de un asesinato cometido en aquel sitio, un muchacho y una muchacha se miraban sin pestañear con las manos cogidas, mientras que el ganado, que tenían á su cuidado, había entrado en unos campos que devastaban.

De una taberna salía un tumulto de voces que blasfemaban. Al pasar oí estas palabras:

—Yo le debo muchos favores á don Lorenzo: si tengo pan para mis hijos y para mí, él me lo ha dado; pero si no voto para don Ciprián, me quita el estanco, y así que tenga paciencia don Lorenzo.

Con el ánimo todo ocupado por el fin de mi caminata, que ya estaba próximo, pasó rápidamente por mi cabeza esta idea:—El muelle real de la máquina del mundo es el egoísmo.

Llegué, por fin, á la villa de C..... al anochecer. Por delante de mi pasó otro ataúd de mucho lujo. Me fijé un instante en los anchos galones de oro, en las argollas relucientes y en el amplio fleco de seda, cuajado de azabaches, que adornaban la caja mortuoria. Encima iba una hermosa rama de palmera. No me preocupaba nada más que el baile. Había llegado, y dentro de pocas horas la tendría en mis brazos. "Seremos muy felices.„

Encontré á los amigos, que me habían invitado, muy fríos, tristes. Yo les conté alegremente mi viaje, desde la niña que iban á bautizar, hasta el ataúd lujoso que había visto al entrar en el pueblo.

—Contra nuestras esperanzas—me dijeron mis amigos—esto está desanimadísimo. El baile no valdrá nada: mejor es no ir allá siquiera. No iremos.

Procuraron convencerme, por todos los medios, que me quedase; pero yo no entendí nada de sus indirectas, que llegaron á ser muy claras ¡tanto me preocupaba mi cercana dicha! y me fuí al baile. Al entrar, recorrí todo el salón, impaciente por ver á mi novia. No estaba. Como no conocía á nadie, esperé sin preguntar nada. La impaciencia se convertía en fiebre. Reproches, quejas y enojos se acumulaban en mi pecho, como ola de irritante contrariedad, pronta á chocar contra mi desleal amiga. Devoraba la puerta de entrada con los ojos. Algunas máscaras me llamaron fantasma enfurecido, otras me preguntaron si había cenado, otras se paraban delante de mí, chillando como diablos palabras como estas: "Pareces la Cuaresma.„ "Es un maestro de escuela.„ "Se le escapó la mujer y la busca para comerla.„

De pronto entró una máscara vestida de muerta; se dirigió á mí y se me paró delante.

—¡Vaya una ocurrencia estrafalaria!—le dije de mal humor.

—No veo que en mi porte ni en mi traje haya nada que no esté en orden perfecto. Estrafalarios tú, y todos esos que tanto me tienen olvidada.

—Por lo menos—volví á decirle cada vez más irritado—eres poco oportuna.

—Es muy raro el caso—contestó con flema—en que mis apariciones son congruentes.

—Me das escalofrios.

—Van á tocar un wals: te pongo en baile. Anda ven: baila conmigo que ya te calentarás.

—Siento horror ante las galanterías de la muerte.

—Ven, ven. Eso no vale nada. Es preciso que tomes ánimo.

La muerte arrimó la guadaña á una esquina, se echó en mis brazos y marchamos en un vuelo frenético.

—Que bien bailas, muerte—le dije.

—Soy la maestra de la danza. Los literatos se equivocan al atribuir á otra la invención de hacer puntos y dar vueltas. Oye: ¿traes esas violetas?

—Pero eres Matilde?—exclamé con asombro y con entusiasmo al mismo tiempo.

—No. Con ella has pensado ser muy feliz esta noche.

—Pero no viene al baile?

—No. Murió esta mañana del tifus.

—¡Qué brutalidad!—exclamé, poniéndome pálido y frío.

—Yo soy así. Mis actos todos son brutales.

—¿Pero, no bromeas? Sería una chanza del peor género, inhumana.

—Mis bromas son siempre pesadas.

—Esto parece un cuento del más desenfrenado romanticismo—dije, limpiándome el sudor helado que cubría mi frente.

—Romanticismo!—dijo la máscara con desdén.—Déjate de tonterías. Estais empeñados en hacer leyes estúpidas para encauzar á vuestro capricho la naturaleza humana, que es más poderosa que vuestra voluntad. La locura va siempre al par de la razón, y estas dos cosas juntas, subiendo de un lado ó del otro, forman la Humanidad. Fíjate un poco en lo que te pasa y verás que el romanticismo suele ser realidad y la realidad suele ser romanticismo. Hace días recibiste una carta con violetas y la promesa de ser esta noche muy felices. No contabais conmigo, como no cuenta nadie; pero yo me rio de esas faltas de cortesía. A poco de salir de casa encontraste una niña que iban á bautizar. Te impresionó un poco el nombre que pondrían á la criatura. Después viste, en una pequeña caminata, toda la Humanidad. Venías pensando en ser muy feliz, como te lo prometía la carta de tu novia, y lo que menos te importaba era meditar en lo que se aparecía delante de tí. Así hacen todos: rara vez mirais hacia fuera: la fuerza de lo que tu has llamado muelle real del mundo, gasta sus energías en procurar la satisfacción del yo de vuestras jergas filosóficas sin cuidarse, rara vez de los demás. La madrina de aquella niña es la madre

de Matilde, que no pudiendo asistir al bautizo por la desgracia (como decís vosotros) que le sucede, y bajo la influencia de esa misma desgracia, mandó que le pusiesen Dolor. Un bonito nombre, por cierto. El ataúd tan lujoso, que viste al entrar, guarda ahora los restos de tu novia. Dame esas violetas, que voy á llevárselas. Llamó tanto por tí, al morir, que á mi misma me dió lástima. No te admires: yo suelo tener más ternura en mi corazón seco, que vosotros tan llenos de vida y de salud.

—Descúbrete!—grité fuera de mí, loco de dolor.

—Aún no—contestó con calma aquella máscara terrible.—Ya llegará la hora en que me veas bien; por más que me he disfrazado de lo que soy, como haceis vosotros, para que me conociesen menos. Adios. Voy á llevar estas violetas á tu novia.

Estas últimas palabras las pronunció riendo á carcajadas, y desapareció.

No sé lo que me sucedió después. Recuerdo que, al abrir los ojos, me encontré en una cama, en una habitación llena de sombra. Una mujer, que estaba á mi lado, me dijo muy quedito, poniéndome la mano en la frente:

—Quietecito: no te muevas.

—¿Por qué?

—Estás muy grave. No hables.

Conocí la voz de mi madre, que velaba á mi lado.

—¿No estuve anoche en el baile?—le pregunté.

—Hace ocho días que se verificó ese baile. Tú, has caído enfermo de mucho cuidado, tan pronto llegaste; me han avisado enseguida y aquí estoy, desde entónces, á tu lado.

—Creí haber bailado con la muerte.

—Ese era tu delirio. Calla, calla.

Mi madre me puso una mano en la boca, me besó en la frente, y en mis ojos cayeron algunas lágrimas de los suyos.

El tifus me devoraba. De la ruda impresión que recibí, al saber lo ocurrido, nació aquella fiebre aleve que me tuvo aniquilado en su curso desigual y pérfido. Tardé muchos meses en reponerme. En mi alma jamás he vuelto á ver el sol limpio y alegre, como solía antes de aquella primera pasión hacia una mujer que la muerte salvó de las infidelidades de la carne.

José Ogea.

MONTERREY [1]

II

Desde la casa rectoral, pasé á visitar la iglesia, acompañado del párroco y de los dos amigos leoneses. La construcción de *Santa María de Gracia* parece remontarse á la segunda mitad del siglo XIV, es decir, que si bien no ha sido eregida en la misma fecha que el ruinoso *Hospital de Peregrinos*, ya descrito, es indudable que no se aparta mucho de ella, puesto que el estilo de las dos obras monumentales justifica la hermandad y el enlace existentes entre ambas, como puede verse con la fiel descripción de las partes arquitectónicas más características y sobresalientes de la primera de dichas construcciones (2)

La puerta de entrada hoy á la iglesia de Monterrey difiere poco, en su carácter arquitectónico, de la del Hospital.

(1) Véase el núm. 10.

(2) Si prescindiendo el arqueólogo del estudio de la planta y estructura de Santa María de Gracia, se dejase fascinar, á primera vista, por los detalles bizantinos que forman parte de la ornamentación de dicho templo, desde luego lo clasificaría entre los que se erigieron en el período de transición románico-ojival, ó sea entre los del siglo XIII.

La supera en algunos detalles de su rica ornamentación, de marcado gusto bizantino, así como tambien se distingue en la mayor finura y delicadeza con que están hechos sus relieves y esculturas. Constitúyenla tres arces de ojiva obtusa, que tienen distinta tracería de primorosos entrelazados, zigzages y guirnaldas en sus archivoltas. Decoran el intradós del menor varias estatuitas de parecido diseño, que presentan en sus manos la *ofrenda piadosa*, recuerdo tal vez de aquella con que los devotos cristianos contribuían al sostenimiento del culto de la Iglesia durante sus primeros siglos. Destácanse del segundo arco, ó sea del de enmedio, sencillos coginetes, que hacen bonito contraste con los festoneados aireles del arco mayor de tan preciosa portada, á la cual presta más realce y novedad el alto relieve de estilo bizantino, que decora su dintel: la imagen del Salvador aparece en primer término, rodeada de las cuatro figuras simbólicas de los Evangelistas, representadas de igual manera que las del dintel del Hospital. Alzanse dichos arcos sobre las impostas, que avanzan por encima de los capiteles de las dos pareadas columnitas que hay á ambos lados de la puerta, siendo la rica flora del país el elemento decorativo que en unas y otros predomina: únicamente altera este general adorno las dos bichas, de reminiscente gusto bizantino, que el artista talló en los extremos de los ángulos inferiores de la portada, entre los capiteles de las primeras columnas y las impostas. Dos esbeltas estatuas, adheridas á los fustes de cada una de estas columnas, completan la ornamentación de la portada; figuras escultóricas de apacible aspecto y ceñidas vestiduras de ondulados pliegues, que conservan todo el carácter propio de la buena época artística en que fueron hechas, sin embargo de las mutilaciones ocasionadas en ellas durante los siglos que llevan allí puestas. A los costados de dicha puerta hay dos arcos sepulcrales de ligera ojiva, abiertos en el muro: el de la izquierda cobija una lápida con inscripción dedicada, según dijo el señor Abad, á la memoria de un *venerable notario de la fe pública*, cuyos restos mortales merecieron ser depositados en tan preferente sitio; y el de la derecha está sobre un sarcófago, que carece de la tapa y de los despojos humanos que guardó, profanación hecha no se sabe cuando, ni con qué objeto.

La cornisa del ábside de la vieja iglesia de Monterrey conserva todos sus canecillos de variados y fantásticas figu-

ras del estilo bizantino, estilo que se vino perpetuando en la ornamentación de varios edificios de Galicia hasta comienzos del siglo XV, lo cual demuestra cómo la arquitectura en dicha región se fué modificando muy lentamente, por la falta de comunicaciones con el resto de España, donde hubo provincias en las que las novedades de las artes plásticas corrieron mas rápidas y á la par de las introducidas por Francia á Italia en la indumentária religiosa, en las miniaturas de los códices litúrgicos y hasta en el lenguaje.

El cuerpo de la iglesia, que es de sólida fábrica y buenas proporciones, lo forma una sola nave, con su correspondiente ábside semicircular, muy semejante á los de casi todas las parroquias rurales del país galaico, que fueron construidas en los siglos XIV y XV, de cuyo tiempo datan los mas notables ejemplares que existen en sus hermosos pueblos. Franquea la entrada al santuario ó capilla mayor un gran arco de medio punto, compuesto de cinco archivoltas, adornado su intradós con relieves ondulantes del reino vegetal, cuyo arco sustenta machones fasciculados. Pásase luego por otro arco de ojiva poco pronunciada, que se eleva sobre pilares de duples columnas de corta altura é historiados capiteles. En la bóveda del ábside, sus aristones y nervaduras muestran que pertenecen al segundo período gótico. Dánle luz dos ventanas laterales de arco rebajado, sin contar otra, de igual forma, oculta detrás del retablo barroco, que ocupa toda la cabecera de dicho ábside.

El techo de la nave del templo me pareció de madera de nogal: redúcese á un entramado de varias piezas, al que prestan consistencia fuertes y pareados tirantes, reforzados por zapatas de talladas figuras.

Dentro de la iglesia y en el muro del lado derecho de su nave, á medio metro del suelo, hay unas arcaturas ojivales simuladas, que indican el sitio destinado á colocar sepulturas de piadosos personajes. Acercándose al imafronte, distínguese el arco de la puerta principal de la iglesia, que fué tapiada hace algunos años.

Además de la capilla mayor, tiene otra denominada de los *Condes de Monterrey*, por ser fundación de los mismos, en la que oían misa los indivíduos de la noble familia, pasando, desde su palacio, por una puerta, al presente inutilizada. Hoy penétrase en la citada capilla por un arco ojival rebajado, abierto en al muro lateral de la derecha del templo: la bóveda que la cubre, tiene parecida estructura á la

del presbiterio en sus pechinas y nervaturas, la cual sustentan cuatro pilares con capiteles, cuyos adornos pertenecen al estilo gótico florido. Colocados de pie, alzánse sobre dichos capiteles otras tantas figuras escultóricas, de rostros abultados y tosca hechura, tocando largas trompas; esculturas con las que quiso el artista representar á los Profetas. En la mitad del lienzo de pared del costado izquierdo y á la misma altura de dichas estatuas, destácase la efigie del *Angel anunciador*, y en frente, al otro lado, la de la virgen María, con las manos sobre su vientre, como demostrando en tal actitud el misterio de la Encarnación del hijo de Dios; imágenes ambas que en las iglesias más antiguas de España tienen un lugar señalado, y denuncian cierta arraigada y remota creencia religiosa del pueblo cristiano. Empotrado en el muro de cerramiento de la capilla de los Condes, que corresponde al costado izquierdo, penetrando por el arco de la iglesia, hay un cuado escultural de forma rectangular, que mide dos metros de alto por tres de largo próximamente; cuya pieza tiene en el centro un alto relieve, que es la efigie del Redentor, de tamaño proporcionado á la altura del cuadro: representásele sentado, con corona en su cabeza, barba rizada y los extremos del bigote enroscados; el *birrus*, especie de capote que viste, no cierra por delante, y la postura de sus pies se parece á la de las estatuas bizantinas. Resulta en su conjunto una escultura con el carácter peculiar de las construidas durante el período románico, echándose de ver en sus detalles el cincel inseguro del artista que la hizo, sin concebir bien aquel estilo, llevado de la afición al arcaismo plástico, que se manifiesta estacionario en los edificios religiosos de Galicia hasta una época muy avanzada de la arquitectura ojival. Llenan el fondo del cuadro, á uno y otro lado del alto relieve de la efigie del Redentor, doce pequeños marcos que contienen, de medio relieve, escenas de la Sagrada pasión y otros asuntos del Nuevo Testamento. En las figuras de estas escenas se echan de menos las necesarias proporciones y el correcto dibujo de toda buena obra artística.

En resumen: *Santa María de Gracia* es un monumento digno de ser visitado por los arqueólogos, en atención á su bella estructura y á las novedades que presenta su rica ornamentación, compuesta de algunos elementos plásticos extraños al carácter general del edificio, y cuya ejecución amanerada difiere bastante del resto de la obra. Atribuyo

esto, como ya tengo indicado, á que aun cuando muchas de las iglesias de Galicia han sido construidas por hábiles maestros, naturales de aquella región, al emprenderse los trabajos, en país pobre y apartado de los centros de más movimiento artístico, carecieron del personal apto para ejecutar obras de fina talla. De ahí que, en muchas ocasiones, se valieran de hombres prácticos unicamente en el manejo del cincél, ó sea de simples picapedreros. Estos debieron imitar, sin duda, las obras esculturales de edificios erigidos siglos atrás, en los cuales dejaron muestras de su inspiración artística otros obreros de más ingenio. Es de lamentar que las paredes de la nave y capillas de tan notable templo hayan sido enjabelgadas y blanqueadas por los albañiles, de igual suerte que otras iglesias de la región galaica.

Terminado el ligero estudio hecho á la vista del monumento, mi curiosidad de *turista* no quedó satisfecha, hasta ver el campanario de la iglesia. Con alguna dificultad pude subir por los peldaños de una mala escalera, al último cuerpo de la alta torre cuadrada en que están las campanas. De las dos que hay, una carece de inscripción, y otra la tiene al rededor del borde de su boca, formada de mayúsculas góticas de relieve, semejantes á las bellas iniciales que adornan los libros cantorales del siglo XV. Descendí del campanario, con el sentimiento de no haber podido sacar copia de dicha inscripción, por falta de los indispensables utensilios.

RAMÓN A. DE LA BRAÑA.

(Continuará)

EL FRASCO DE ESENCIA

La suave harmonía, que duerme en las cuerdas de la lira ¿pertenece acaso á su comprador, á su propietario, sordo tal vez?...

Schiller (D. Cárlos.)

A los ilustrados redactores de La Idea Moderna, *de Lugo.*

Las cosas más pequeñas tienen á veces trascendental importancia.

Y sinó, allí estaba el escéptico Juan, el mesurado filósofo, el materialista empedernido, sumido en profundo abatimiento por una causa, al parecer, insignificante.

Repantigado en cómodo sillón, ante su pupitre, sobre el cual se veían, esparcidos en desorden, libros, periódicos y alguno que otro objeto artístico, contemplaba ensimismado un diminuto frasco de cristal, limpio y transparente, que estaba colocado sobre su carpeta, y en cuyo rótulo vistoso

de papel dorado se leía en caprichosos caracteres: *Essence d'Heliotrope Blanc.*

Bien recordaba Juan la ocasión en que una mano nerviosa y delicada le entregara aquel valiosísimo presente, mientras unos labios tentadores le decían: "Guárdalo en el fondo de tu cofre, y consérvalo, porque esa es la esencia de nuestro amor.....„

Sí, lo era sin duda, la realidad acaba de demostrárselo de un modo evidente: hallábase él aquel día sosegado y satisfecho, sin un afán, sin un deseo que turbase su tranquilidad, cuando se le ocurrió buscar no sé qué cosas en el fondo de su baúl, y hete aquí que su mano tropieza con un objeto, lo coge, lo saca á la luz, y..... ¡adios serenidad!, una nube de tristeza obscurece sus ideas, su corazón se oprime con súbito dolor, y su ánimo desfallece, dominado por la más cruel de las angustias: las emanaciones de aquel microscópico pomo de esencia, que oprimía entre sus dedos crispados, traían á su memoria mil recuerdos de época no muy remota, que le desgarraban el alma.

¡Qué hermosa era! ¡qué inteligencia tan clara la suya! ¡Cuán feliz hubiera sido al lado de aquella mujer, que no podía pertenecerle! Contribuían á idealizar la poética aureola con que él la rodeaba en su imaginación, las circunstancias fatales que los separaban: aquel maridazo tétrico y ceñudo y aquel enjambre bullicioso de rubios pequeñuelos eran una barrera casi infranqueable, y presentaban ante sus ojos á su ex-amada, apenada y triste como una mártir, intangible como un sueño, pura y majestuosa como un ángel.....

Juan cerraba los ojos y aspiraba aquel conocido perfume que le embriagaba, y le parecía que la tenía á su lado, hablándole con su voz dulce y quejumbrosa, que sentía el contacto de sus manos finas y febriles, que percibía en sus labios el roce de aquellos otros ardientes al dejarle un beso silencioso y prolongado.....

Habían tenido momentos de verdadera dicha: ¡cómo aprovechaban las ausencias del despótico marido! ¡qué deliciosas excursiones por los alrededores del balneario! ¡Si aquellos sitios pudiesen hablar! Las orillas del río, los pinares que bordeaban la falda del monte, la ermita misteriosa y solitaria allá entre los escuetos peñascos de la cumbre..... todo lo habían visitado en sus breves momentos de independencia. Madrugaban como los pájaros; apenas empezaba el día á despuntar, se buscaban y, alegres y satisfechos,

huían como dos camaradas, correteando á través de los prados húmedos y espesos maizales, que se extendían con sus verdes matices en el fondo de las hondanadas; cuando, al llegar la hora de la siesta, lanzaba el sol sobre la tierra sus rayos abrasadores y fecundantes, refugiábanse en la floresta cercana, cuyos árboles, entrelazando sus ramas vigorosas con un abrazo estrecho y eterno, tegían amplio toldo de movedizas hojas, que los resguardaban del bochorno caliginoso.....; ¿y las citas á la luz de la luna? ¿y los aventurados escalamientos, con su correspondiente cuerda de nudos, entre la obscuridad de la noche?.....

También había habido los sustos consiguientes. Nunca olvidaría él aquella peligrosa aventura del jardín.....: hallábanse los dos muy entretenidos contando los latidos de sus corazones, que estaban muy agitados aquella noche, cuando de repente sienten abrir una puerta..... en su vida había Juan corrido tanto..... "¡Juan! ¡Juan!....." "Es él, es él....." le dijo ella, abrazándolo nerviosamente y rechazándolo luego para que huyese..... y él, ¿qué hacer? salió corriendo, á favor de las sombras, como alma que lleva el diablo, llegó al muro, y como no era cosa de andarse con cuerdecitas de nudos, pues el tiempo apremiaba, trepó lo mejor que pudo, encaramóse encima, y desde allí ¡cataplún! se arrojó al otro lado, yendo á caer como una rana en un plantío de alcachofas que había al pie..... ¿Y la noche en que ella, que había entrado disfrazada en su habitación, tuvo que envolverse en una capa y ponerse un sombrero gacho para que no la reconocieran unos amigos que llegaban tumultuosamente?..... También se acordaba, como de un fiel confidente, de un tosco banco de piedra, que todos los días, al obscurecer, solía ser su punto de despedida. ¡Cuántas ternezas había escuchado! ¡Y qué bien guardaba el secreto!.....

No eran tan discretos los envidiosos de los bañistas, y el cancerbero llegó á enterarse, poniendo término con su vigilancia á aquella serie de goces inefables, y por fin.....

¡Qué día más angustioso! Era sin duda el más horrible de su vida. Al despertar se encontró con un billetito, que trascendía al adorado perfume. Abriólo precipitadamente y se quedó frío..... Se lo sabía de memoria; decía así: "Adoradísimo mío: Somos muy desgraciados. La tirantez de nuestra situación es ya tal, que se hace inevitable el sacrificio por nuestra parte. No debemos quejarnos, pues hemos sido muy felices durante dos meses. Yo no te olvidaré nunca;

tienes en perspectiva un porvenir brillante, y mi alma, que te seguirá á todas partes, se asociará á tus triunfos. Tú eres generoso y bueno y me comprenderás. A pesar de todo, quiero despedirme de tí. Ven hoy y te convencerás de que te quiere más que nunca tu desgraciada Fulana.„ Y fué, ¡ya lo creo! y en aquella noche de placer y desesperación, en la que se mezclaron los besos y las lágrimas, los halagos y los gemidos, apuró de un trago toda una eternidad de goces y torturas.

Y después..... Ah, después vino la separación..... ¡Suerte maldita! ¿Por qué se había casado? ¿Por qué no había esperado hasta encontrarle á él en su camino?..... La fatalidad lo había dispuesto así, para después empujarlos por la pendiente del crimen..... Pero ellos no eran culpables, culpable la sociedad con sus ridículos convencionalismos; ¿qué era el adulterio mas que una consecuencia lógica de la bárbara coyunda matrimonial?..... Harto generosos habían sido ellos, pues al fin habían sabido sacrificarse..... Y en tanto aquel tirano, aquel déspota incapaz de apreciarla.....—"una Venus citerea, amarrada á un alcornoque.....„—oiría el timbre de su voz harmoniosa, se contemplaría en aquellos ojos dulcísimos, apoyaría su frente en aquel seno de alabastro, se embriagaría aspirando aquel perfume enloquecedor, que á él le estaba trastornando el seso!..... Ah, no, vive Dios, ¡mil veces no! aquello era superior á sus fuerzas, iba á perder la razón, era preciso acabar de una vez!.....

Y Juan, frenético, pálido, desencajado, cogió el diminuto frasco en la crispada diestra, y, abriendo bruscamente la ventana, lo estrelló con furia contra las losas de la calle, dejando atónitos á algunos transeuntes, que lo tomaron por loco.

¡Si hubiera podido hacer lo mismo con su corazón!.....

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE.

Madrid, Febrero, 93.

EN EL ALBUM DE MI DISCRETÍSIMA AMIGA

D.ª Luisa Goldman de Fastenrath

Galana rosa de Hungría,
de mi patria enamorada,
no me admiran tus amores,
tus deseos no me pasman.
Deseas ver otra vez
la hermosa tierra galaica,
¿cómo no, si en ella puedes
desplegar todas tus galas?
Aquel jardín es tu centro,
rosa de Hungría gallarda,
allí aire y luz hallará
tu corola delicada,
que, sin ofender sus pétalos,
realce preste á sus gracias.
Allí mil admiradores
tienes, que tu vuelta aguardan,
allí cariño sincero,
allí una segunda patria.
Por eso, rosa de Hungría,
de mi patria enamorada,
no me admiran tus amores,
tus deseos no me pasman.

S. Cabeza León.

A CRUZ DE SALGUEIRO (1)

VII

Era como cousa das cinco da tarde do mes da sega. Non s'abaneaba unha folla n-as pereiras mais altas; a terra botaba un bafo quente qu'abrasaba, y-as labercas cuasque non se distinguían cantando n-o aire, do altas que subían, buscando as pirmeiras cariceas da bris, qu'agardaba pra baixar á terra qu'o sol s'escondese tras d'os petoutos mais altos d'os montes.

Por un carreiro qu'atravesaba o agro de pan, iba Mingas d'a Cabanexa, co-a barriga â boca, de cara á Castelo.

Pra salir do agro saltou un escairo e meteuse n-o camiño real, que pasa á veira d'un souto, y-esviouse da vereda pra meterse n-él e coller un atallo que leva direito como un fio hastra Castelo.

Nin siquera se sentou, pra tomar folgo, debaixo das polas d'aqueles castiros, que daban unha sombra que mesmo convidaba ó descanso.

(1) Véanse los números 3.°, 4.°, 5.°, 6.°, 7.° y 9.°

Iba moi estraída. Solo a sacou d'este estraemento o suor da cara que refriou, e que lle fixo coller o pano pra limpalo.

Non tardou en meterse n-unha corredoira qu'a sombreaban maciras, cerdeiras e pexegueiros.

A pouco d'andar por ela, atopou un pasadoiro á dereita, saltouno e meteuse n-unha cortiña; siguiu acaron d'unhos chantos e logo abriu un portelo pra entrar n-unha horta, a donde saliu á recibila un cadeliño que non paraba de ladricar desqu'a viu, dando o mesmo tempo voltas ó rededor d'ela.

Os ládros do cadelo saliu á porta da eira Berta, cuya era a casa que daba á aquela horta, y-así que viu á Mingas, correu cara a ela, pra recibir á sua amiga.

Saudáronse como de costume e logo díxolle Mingas:—¿E qué noticias hay d'Estebo?

—Agardábamol-o onte; pero debeu de ter algun tropezo, porque foi Caitano por él co-a besta e n'houbo noticea de que chegase.

—¿E hoxe non volveron por él a ver si chegou?

—Hoxe non volvemos, porque temol-a besta preñada, si San Antón á defende, e non pode andar de viaxe todol-os días, y-onte tamen ferrouna o burro d'o meu home, e parece que se da algo d'unha pata.

—¿E porqué non foi catar calquera d'as nosas?

—Porque non-os estrevimos. Xa sabes que pra pedir teño pouca arte.

—Eso é siñal de que non ten confianza. Pois vosté ben sabe qu'aló todol-a queremos ben e de todo canto temos pode dispoñer sin andar con requisitos. Inda parece mentira, señora Berta, que sabendo o que hay entre nosoutros non tivese confianza bastante pra chegarse alá pol-a besta, que lla daba eu co-a sal do mundo, anque non fose sinon por qu'iba vir d'acabalo d'ela Estebo, que me tarda tanto velo, que parés qu'os días me parecen anos.

—Tamen eu o deseo, miña filla—dixo Berta.

—Ay! ¡Cánto me consola co-esa palabra! Porque eu quero ser sua nora, vir pr'aquí e non me separar de vosté e do meu Estebo. Porque non-o deixaremos volver á marchar ¿n'e verdá que non? ¿Qué falta lle fai dempois?

—E cando ch'escribiu?

—Fai como cousa de quince días. Pero o bribón non me dí nada que ven. Pol-o visto querme dar unha sorpresa, porque él dime que non virá á casarse comigo hasta que

salga do paso, porque ten qu'arrematar aló us negocios que trai entre maus, que lle han de dar bastante diñeiro.

Berta non respondeu.

Quedou cavilosa un pouco tempo y-enton díxolle Mingas:—¿En qué pensa?

Deulle á Berta un pequeno trembor e repricoulle.

—Teño pena, porque non sei si lle pasaría algunha cousa por aló, cando non veu onte como m'escribiu.

—Non s'apesare, señora, porque me da o corazón que non lle socedeu nada e que logo o veremos e seremos felices entrambas.

N-esto reparou Mingas que xa se puxera o sol e dispúxose á marchar; pero Berta non-a deixou ir sin darlle de merenda unha das troitas fritas que tiña gardadas pra cando chegase Estebo, e ademais un pouco requeixo muy rico, feito pol-a man d'ela.

Merendaron entrambas debaixo d'unha alta nogueira qu'había o pe da porta, pro logo o zumbido d'un escarabello veull'a recordar á Mingas de qu'anoitecía e que ll'era tarde.

Dempois de despedirse, quedouse Berta mirando dende á porta pra amiga y-así qu'a perdeu de vista, deu un suspiro e dixo:—¡Probe nena!

E meteuse pra drento da casa.

——

Anoitecera xa cando Mingas chegou á vereda, e non puido conocer á dous pasaxeiros que viñan d'acabalo, aunque un d'eles, que pasou acaron d'ela, detivo o faco en que montaba e parous'un momento fixándose n'ela.

Mingas tamen reparou n'el e viu qu'era un siñurito, que representaba vintetantos anos, coa barba moi larga, un sombreiro d'ala moi ancha, c'unha bufanda envolvendoll'o pescozo. O outro home, que viña detrás, parecía un criado d'aquel siñor; e como ningun dos dous falou unha palabra mentras pasaron, Mingas siguiu o seu camiño pouco á pouco, por ver s'os sentía falar, por si n-a voz conocía á quel que tanto reparara n-ela; pero que non poidera conocer pol-a escuridá da noite y-a sombra que daban os castiros.

Pouco tardaron en deixarse d'escoitar as pisadas dos cabalos, solo interrumpía o silenceo da noite o canto d'os sapos e das rás os alalás dos que volvían dos traballos ou

dos que iban á catal'a facenda y-aló, cerca do lugar, os ladridos dos cas, que ventaban a chegada d'algun forasteiro.

Mingas en nada d'esto reparaba.

Solo iba pensando no feliz que sería o día que volvese á ver á Estebo, saboreando á noticea que lle acababa de dar sua may, de que estaba á chegar.

¿Porqué non llo escribiría á ela? ¿Perdeiríase a carta ou querería sorprendela?

Xa non cabilou mais que en ir o día siguiente á vila á agardalo ela mesma, por si chegaba darlle ela á sorpresa á él.

Aquela noite cenou con mais gana, sentíase mais lixeira, rebuldaball'o corazón n-o peito, estaba chea d'alegría. Iba ver logo o seu Estevo y-era feliz.

¡Bendito amor qu'así convirte en causas de felicidad as cousas mais sencillas da vida!

¿Porqué Dios, ó facelo tan grande e tan subrime, ó darlle por trono o corazón e por guía o instinto, que sempre obedece á ley natural, deixou que se teña por verdá entr'os homes este refran "amor tolo eu por vos e vos por outro.?„

JESÚS RODRÍGUEZ LÓPEZ.

(Continuará.)

UN BICO.....

Estaba morrendo,
bicoume na frente,
y-aquel bico de morte feriume
co fogo da febre.
Estaba a probiña
aspada ca sede,
folguexar non podía, y-oupóuse
sentada no berce.
Cheáronse de auga
seus ollos, namentres,
cuberto co pano, tapaba eu as bágoas,
querendo conterme.
¡"Adios!„; muy baixiño
¡non podo esquencerme!
me dixo, "non chores: Si a morte me leva,
¡qué vas á facerlle!„
Y-entoncias, cos beizos
ardendo ca febre,
colleume a cabeza, chegouna o seu peito,
bicoume na frente.

Derriba da roupa
engorde cayeuse,
e non puido decirme xa nada,
non puido xa verme.
Voaba a sua y-alma
pro ceo, namentres
eu con ela quixera marcharme,
¡quixera morrerme!
Do bico postreiro
acórdome sempre,
y-ainda sinto a calor dos seus beizos
no medio da frente.

LUÍS GONZÁLEZ LÓPEZ.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS [1]

Lucubraciones sociológicas y discursos universitarios; por don José R. Carracido.—*Proezas de Galicia;* por don José Fernández y Neira, reimpresas por don Andrés Martínez Salazar.—*Sol y sombra;* por don Manuel Amor Meilán.—*Las nuevas ideas;* por don Constantino Piquer.—*Pequeñeces..... de los católicos españoles;* por *Uno de tantos.*

Hermoso libro el que acaba de publicar nuestro ilustre conterráneo don José Rodríguez Carracido. ¡Cómo, al recorrer sus páginas con la vista, se ensancha el espíritu y se extasía la imaginación! ¡Con qué placentera fruición se leen sus párrafos repletos de sabia doctrina y ahítos de científicas disquisiciones! El sabio catedrático de la Universidad Central ha dado, con la publicación de sus *Lucubraciones sociológicas y discursos universitarios,* una nueva relevantísima muestra de su talento, que unánimemente se le reconoce, porque está cimentado en la sólida base de profundos y aprovechadísimos estudios.

(1) En esta sección se dará cuenta de las obras, de que se envíen dos ejemplares al director de esta *revista*.

No hemos de cometer el atrevimiento—que en nosotros sería reprobable por lo pretencioso y digno de censura por lo osado—de hacer en estas líneas un juicio crítico de esa obra del señor Rodríguez Carracido. Ni nuestra insuficiencia nos lo permite, ni nos lo consiente nuestro absoluto desconocimiento de las cuestiones, que tan brillantemente desarrolla aquel distinguido gallego, en su libro.

Consignaremos, tan sólo, que así las *Lucubraciones sociológicas* como los *Discursos universitarios* son manjar suculento y sabrosísimo, que nutre las inteligencias más anémicas y alimenta los entendimientos más refractarios al estudio de los problemas científicos y sociológicos.

En aquellas páginas, en que la verdad nos muestra todos sus magníficos esplendores y la ciencia todas sus venerandas sublimidades, hay ideas propias, sabias enseñanzas, pensamientos grandes, saludables lecciones, sana doctrina, hay, en una palabra, mucho que estudiar y mucho más que aprender.

Todos los trabajos, que en el libro figuran, son verdaderamente notables. Permítasenos así y todo que, por natural inclinación, nos merezcan más simpatías los titulados *Meditación dolorosa* y *El regionalismo en la Universidad*, aquél, por que demuestra que á su autor, como buen gallego que es, no le son indiferentes los males que aquejan á nuestra *pequeña patria*, y éste, por que, con los incontrastables argumentos de la razón, expone ideas que, por lo mismo que en parte no son ajenas á nuestro modo de pensar, vienen á robustecer nuestra humilde opinión con la valiosa ayuda de una inteligencia privilegiada y el poderoso apoyo de una irrefutable lógica.

Hombres como el señor Rodríguez Carracido, que tengan fe ciega en sus convicciones y defiendan con viril entusiasmo las salvadoras ideas que han de regenerar á Galicia, son los que hoy precisa esta tierra querida y desventurada.

———

Pocas veces se habrá visto fama tan legítima y renombre tan merecido como el que alcanzó, á fuerza de laboriosidad, el señor Martínez Salazar, incansable hasta la exageración en procurar dar á conocer todo aquello que constituye nuestras fechas gloriosas y nuestros heroicos hechos. No hay archivos que no revuelva, ni rincones que no reconozca,

ni papeles apolillados que no examine, ni legajos que no aproveche, ni cosa que no busque.

Tratándose de fárragos viejos que tengan ó puedan tener importancia para nuestra región, ya está don Andrés buscando el medio de darlos cuanto antes á la publicidad.

Esto mismo acaba de hacer con el librito *Proezas de Galicia*, publicado en 1810 por D. José Fernández Neira, y reimpreso ahora con esmero tan cuidadoso é inusitado que, más que libro, es un caprichosísimo juguete, una verdadera preciosidad.

En la blanca portada ha puesto á prueba Urbano González su exquisito gusto y su genio artístico; la tipografía de Ferrer ha hecho en todas las páginas de la obrita primores de impresión y alardes de elegancia, pese á los deficientes y escasos materiales con que cuenta; Román Navarro ha dejado también en todas las hermosas ilustraciones que adornan el libro, huellas marcadísimas de su talento y de su maestría; la casa Thomas, de Barcelona, ha demostrado con las fototipias, que es justa la reputación que tiene adquirida. Y si todo esto no es suficiente incentivo para que *Proezas de Galicia* se busque con curiosidad y se lea con avidez, no sabemos entonces qué es lo que desean los que á todas horas piden buenas obras gallegas.

Tiene, además, otra particularidad ese libro, y es que por primera vez se ensaya en el idioma gallego la ortografía fonética, cosa que, aun cuando no sea más que por la novedad de tal reforma, hace mucho más interesante ese pequeño relato de las *proezas* realizadas en 1809 por nuestros paisanos.

Con publicaciones como la de que se trata, el señor Martínez Salazar patentiza el cariño y el entusiasmo que siente por las cosas de Galicia.

¡Ojalá que la indiferencia de los gallegos no mate ese cariño, ni ahogue ese entusiasmo.

— —

Los cuentos, paisajes y fantasías de D. Manuel Amor Meilán están, como dice su autor en la dedicatoria, iluminados por el *sol* de Levante y velados por las *sombras* del Septentrión.

En el nuevo libro del autor de *Reinar después de morir*, algunos paisajes aparecen bien dibujados y otros perfectamente sentidos: hay en varios de ellos derroche de colorido

y un lujo de detalles que revelan observación detenida por parte del autor.

Sin embargo, el señor Amor Meilán es también de los que abusan de su fecundidad. Quizá por esto mismo sus artículos gustan, pero no entusiasman; sus producciones se aplauden, pero no se admiran; su prosa llega á los oídos, pero no baja al corazón, que es el centro de donde deben salir y á donde deben volver todas las impresiones, todas las ternuras y todos los anhelos que el alma trasmite á la imaginación y la imaginación dicta á la pluma y la pluma traslada al papel, convertidos en palabras por la fuerza poderosa de las ideas.

Como colorista, el señor Amor Meilán sigue en sus narraciones, con bastante fortuna por cierto, las huellas de Salvador Rueda, para quien la pluma es un pincel, las cuartillas un lienzo, y el idioma castellano una paleta que tiene todos los matices y todos los colores necesarios para hacer caprichosos juegos de voces, artísticas combinaciones de adjetivos y primorosos alardes de ingenio y fraseología.

La prosa de *Sol y sombra* tiene algo de todo esto; pero carece, no obstante, de vigor y de expresión. En ella hay abundancia de párrafos llenos de música que agrada al oído; pero hay también carencia de ideas elevadas que halaguen á la imaginación y sirvan de pasto á la inteligencia.

El señor Amor Meilán quiso suplir la falta de pinceladas maestras con derroche de colores brillantes.

——

Apuntes llama modestamente el Sr. Piquer á los estudios sociales que dió á luz estos días bajo el título de *Las nuevas ideas*. Más que apuntes, son estudios concienzudos de cuestiones trascendentales que agitan hoy á la humanidad entera.

El objeto que el Sr. Piquer se propuso, al emprender la publicación de su libro, es beneficioso y laudable, porque tiende á popularizar ciertas ideas de equidad y de justicia, por desgracia poco arraigadas en las multitudes.

Demostrar las malas condiciones en que vive hoy el proletario y la inutilidad de ciertos remedios para evitar que se desarrolle el pauperismo; probar suficientemente la injusticia con que es tratado el sexo femenino; presentar, aunque no con la detención que se merece, otra clase desdichadísima, la clase formada por los pobres de levita, que sufren en

silencio sus desgracias y sus miserias; y hacer la historia de los partidos obreros desde su orígen hasta los brillantes resultados y admirable desarrollo que han adquirido en nuestros tiempos, he aquí, en síntesis, los problemas que el autor de *Las nuevas ideas* estudia en las páginas de su libro.

Aun cuando el cuadro de la sociedad en que vivimos resulta, á juicio del Sr. Piquer, bastante sombrío, éste tiene fe en lo porvenir.

¿Qué sería de la humanidad sin la fe que conforta y sin la esperanza que alienta?

——

Pequeñeces..... de los católicos españoles, es una obra escrita por *uno de tantos,* en la cual abundan las ingeniosas ocurrencias y la sátira finísima.

No se muerde la lengua el incógnito autor de *Pequeñeces..... de los católicos españoles,* para decir verdades como puños, sin contemplaciones de ningún género y sin reservas de ninguna clase.

Escrito el libro de que se trata en correcto y clarísimo castellano, hay en él cierta originalidad de estilo, muy apropiada al objeto de la obra, que revela que el autor, si apunta alto, también pica hondo; tiene una entereza á toda prueba para censurar aquello que á su juicio merece censura, una franqueza singular para decir todo lo que siente, por más que á muchos no les agrade, y una fuerza de voluntad superior para conseguir que su pluma sólo escriba lo que le dicta su conciencia y su criterio.

Leyendo todas las páginas de *Pequeñeces..... de los católicos españoles* no cabe duda alguna que su autor es, ó debe ser al menos, un católico de pura raza, un escritor de buena cepa y, además, un político de altos vuelos.

Los que por satisfacer los caprichos del estómago y de la conveniencia particular sacrifican los deberes del católico á las exigencias, no siempre correctas, del político, tienen muy poco que agradecer al autor de ese libro.

EULOGIO DRIDÁREZ.

LA COMERCIAL:
Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer
REAL, 61.—LA CORUÑA
1893